

MEDITACIONES SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS*

Joaquín Roy **

Sumario: I. INTRODUCCIÓN, RECORDANDO DISCURSOS INAUGURALES. II. CONSIDERACIONES GENERALES. III. EL DISCURSO POLÍTICO Y SU INTERPRETACIÓN. IV. CICLOS, MODOS Y TENDENCIAS DE LA POLÍTICA EXTERIOR. V. PRESENTE FUTURO DE LAS RELACIONES TRANSATLÁNTICAS. VI. CONCLUSIÓN. VII. BIBLIOGRAFÍA

* Algunos fragmentos de esta monografía fueron presentados como ponencia en la reunión bianual de la European Union Studies Association (EUSA), celebrada en Austin, Texas, entre el 31 de marzo y el 3 de abril, 2005. El texto está desarrollado a raíz de una conferencia ofrecida en el curso sobre “¿Qué modelo de seguridad y defensa necesita Europa?”, organizado por la Universidad Complutense en El Escorial, del 14 al 18 de julio de 2002. Agradezco a los profesores Rafael Calduch y Celestino del Arenal, director y secretario respectivamente del curso, su generosidad por la invitación. El texto fue posteriormente adaptado como charla en la Facultad de Derecho de la Universidad de Barcelona, en la cátedra de Derecho Internacional Público a cargo de Andreu Olesti. En sus aspectos fundamentales, también fue presentado como conferencia en la Universidad Argentina de la Empresa (Buenos Aires), el 13 de diciembre de 2005, gracias a la invitación del Decano Mario Serraferrero, y en formas más resumida en el acto de clausura de los cursos de la Universidad de Bolina en Buenos Aires el 16 de diciembre, gracias a la invitación de Martín Obaya. El texto presente también incorpora conceptos y fragmentos de una serie de artículos de análisis aparecidos en la prensa y en los espacios digitales del Real Instituto Elcano y Nueva Mayoría. Mi reconocimiento se extiende a Ambler Moss y Roberto Domínguez por facilitarme materiales bibliográficos y documentales para la elaboración del texto.

** Licenciado en Derecho por la Universidad de Barcelona y Doctor por Georgetown University. Es catedrático “Jean Monnet” y Director del Centro de la Unión Europea de la Universidad de Miami. Es autor de más de 200 artículos y reseñas publicadas en revistas académicas, entre ellas Journal of Inter-American Studies, Revista Española de Derecho Comunitario, Revista de Estudios Internacionales, Afers Internacionals, Política Exterior y Relaciones Internacionales. Entre sus 25 libros destacan Cuba y España: relaciones y percepciones (Madrid BCC, 1988), El pensamiento demócrata cristiano en América Latina (Madrid: ICI, 1991), The Reconstruction of Central America: the Role of the European Community (Miami: North-South Center, 1991), The Ibero-American Space/ El Espacio Iberoamericano (U.Miami/Universidad de Barcelona, 1996), La siempre fiel: un siglo de relaciones hispano-cubanas (1898-1998) (Universidad Complutense de Madrid, 1999), Cuba, the U.S. and the Helms-Burton Doctrine (Gainesville: University of Florida Press, 2000), Las relaciones exteriores de la Unión Europea (México, UNAM, 2002), Retos de la integración regional: Europa y América (México: UNAM, 2002) y La Unión Europea y el TLC (México: UNAM, 2004). Ha publicado más de 1.200 columnas y ensayos en diarios y revistas de España, los Estados Unidos y América Latina. Entre los honores recibidos se cuenta la Encomienda de la Orden al Mérito Civil concedida por el Rey Juan Carlos I

© Joaquín Roy. Todos los derechos reservados.

I. INTRODUCCIÓN, RECORDANDO DISCURSOS INAUGURALES

En vísperas de su segunda toma de posesión, Bush reconoció su error cuando retó a la disidencia terrorista iraquí con un conminante “que vengan” y que se trajera a Ben Laden “vivo o muerto”. Fue una machada que alarmó en su momento al Pentágono y su esposa Laura. Representaba una nota de moderación bajo la expectación levantada acerca del contenido y el tono del discurso de su segunda inauguration. También significaba una mejora con respecto a su negativa en el curso de los debates electorales a admitir errores de juicio en su primer mandato. Apenas reconoció haberse equivocado en el nombramiento de algunos subalternos, quienes al parecer no estuvieron a la altura de sus expectativas. Lo cierto es que la limitación de Bush a escuchar ha quedado ampliamente superada por su contundencia de comunicar lo que desea, lo que piensa, y lo que quisiera que sus aliados siguieran, según, naturalmente, sus propias convicciones.

Bush no defraudó tampoco en el discurso de su segunda asunción.¹ Los discursos ofrecidos durante su gira europea de febrero de 2005 y las contestaciones en las conferencias de prensa, aunque su tono fue más moderado, en un esfuerzo por limar asperezas, confirmaron en su esencia las líneas básicas de su pensamiento estratégico y de lo que espera de sus socios y aliados.² Estas declaraciones no fueron tampoco una novedad en su currículum, ni tampoco contradijeron una larga tradición en los mandatarios norteamericanos. En contra de lo que pudiera parecer, tampoco parece haber mucha diferencia entre los mensajes de los presidentes de ambos partidos, por lo que la apuesta hecha en el exterior (sobre todo en gran parte de Europa y en América Latina) mayoritariamente por la candidatura de Kerry se ahorró la decepción que en el curso de 2005 pudiera haberse producido. En lo fundamental, el mensaje tradicional de los Estados Unidos, sea quien sea el que esté en el poder, tiene una cierta coherencia y es producto de un amplio consenso, aunque con matices importantes.

Lo cierto es que Bush tuvo, antes de subir al podio, la misma losa encima que los anteriores presidentes, remontándose hasta la aparición estelar de Kennedy. Nadie todavía ha superado las palabras clásicas, irrepetibles, y musicales que adornaron el mensaje del entonces más joven presidente de los Estados Unidos en toda su historia.

Todos sus sucesores se han enfrascado en la modulación de la política de la “contención” inaugurada por Truman, luego endurecida por la “disuasión” y la amenaza de la “destrucción mutua asegurada”. Pero nadie ha superado a Kennedy, aunque Bush lo intentó con la repetición del tema central (la expansión de la democracia a todo el globo)

¹ Véase el texto: <http://www.whitehouse.gov/news/releases/2005/01/20050120-1.html>

² Para los textos completos de los discursos y conferencias de prensa, se recomienda consultar la página digital de la Casa Blanca: <http://www.whitehouse.gov/> Para un comentario anticipatorio de la atmósfera antes del viaje, véase mi nota.

para sublimar el compromiso de los Estados Unidos en su discurso de enero de 1961. Aparte de indicarles a los norteamericanos que “no pidieran a su país qué es lo que podía hacer por ellos, sino que se preguntaran qué podían hacer ellos por su país”, prometió “pagar cualquier precio, sobrellevar cualquier carga, enfrentarse a toda dificultad, apoyar a todo amigo, oponerse a cualquier enemigo, para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad”.

Obsérvese que la insistencia en la primacía del tema de la “libertad” se convirtió en obsesivo y excluyente en el discurso de Bush en su segunda toma de posesión. Como veremos más adelante, “cualquier precio” ha sido interpretado de distintas maneras en el curso de cuatro largas décadas, y trágicamente en algunos casos concretos. El primero fue definitivamente Vietnam y el más reciente puede ser lamentablemente Irak.

II. CONSIDERACIONES GENERALES

1. Advertencia

Este trabajo está dominado por dos pensamientos rectores y una consideración de contexto temporal. En primer lugar, se debe aceptar que una indagación acerca de la política exterior de los Estados Unidos (y la consiguiente consideración de las relaciones transatlánticas) implica el estudio de las actuaciones de actores muy diversos y contradictorios a ambos lados del océano. En segundo término, conviene también reconocer que el presente análisis deberá necesariamente sonar en un contexto español como repetitivo pues se basa en parte en hechos e indagaciones plenamente conocidos no solamente por los especialistas, sino también al parecer por el gran público, que recientemente está más alerta que sus predecesores por los temas que nos conciernen. Provisionalmente, trataré de ofrecer algunas mínimas dimensiones que se me antojan novedosas o que están en contradicción con lo que parece ser el consenso general en España y Europa.

En segundo término, la temática de esta meditación está todavía doblemente dramatizada por las secuelas de la conmemoración del 25 aniversario de la Constitución española (que permitió el regreso de la democracia), la presión para reformarla y por las repercusiones del 50 aniversario de la firma de los Pactos de Madrid entre la administración de Eisenhower y Franco el 26 de setiembre de 1953, que regalaron a la dictadura la salida de su aislamiento internacional y garantizaron la supervivencia del régimen franquista. En el marco del proceso de redacción y ratificación de la Constitución Europea, estos dos aniversarios debieran doblemente obligar a considerar seriamente no solamente la naturaleza del pacto interno que en su momento representó la Constitución de 1978 como consolidación de la democracia y el abandono de los métodos dictatoriales. También se debiera meditar sobre el inicio estratégico de la relación con los Estados Unidos, hace medio siglo, en el contexto polémico de la alianza establecida por el gobierno de José María Aznar con el presidente George W. Bush en la guerra de Irak, decisión que provocó

el más serio enfrentamiento de la opinión pública y la clase política desde el renacimiento de la democracia en España. Esta decisión dejó una huella, hasta hoy aparentemente indeleble, tanto en el desarrollo de la política interna española como con respecto a las relaciones entre España y los Estados Unidos.

La primera puntualización aludida más arriba puede verse ilustrada por la constante experiencia que he tenido en mis regresos a España durante los 38 años de residencia en los Estados Unidos. De forma acusada en los últimos años, debido al final de la Guerra Fría y ahora tras los graves acontecimientos desde el 11 de setiembre de 2001, una pregunta que frecuentemente se me hace en el periodo de discusión posterior a las conferencias es qué piensan los Estados Unidos sobre un tema cualquiera. Mi respuesta ha sido sistemáticamente la siguiente: después de tan prolongada residencia y trabajo en los Estados Unidos, todavía no he tenido tiempo suficiente para saludarlos a todos, darles la mano, y saber lo que de verdad piensan.

Esta aparente boutade esconde la realidad, al parecer no percibida desde España, de que ese ente que llamamos Estados Unidos es complejo, fluido, contradictorio, y que está inspirado en lo que atañe a su actuación externa por diferentes corrientes de opinión y liderazgo, que inciden de una manera decisiva en su política exterior, y por lo tanto deben tenerse en cuenta en el momento de sopesar las relaciones con Europa.

La segunda puntualización acerca de la (posiblemente poco novedosa) indagación que puedo ofrecer acerca de la política exterior de los Estados Unidos, y secundariamente sobre el estado de las relaciones transatlánticas, es que por primera vez en todos esos años de regresos a España se comienza a comprobar un genuino interés, aunque modesto y lastrado por limitaciones (y, lo que es peor, el superficial estereotipo, plagado de ignorancia), por entender lo que de veras son los Estados Unidos. Pero ese país sigue siendo la gran asignatura pendiente tanto en los centros de reflexión (“think tanks”) como en las universidades, por no hablar de la llamada opinión pública.

Resulta verdaderamente paradójico y contradictorio con la constante acusación acerca de la ignorancia norteamericana acerca de Europa y España un hecho incontestable en las carencias del mundo académico e editorial español. Por un lado, las páginas de los grandes diarios ofrecen cuantiosos espacio informativo y de análisis sobre los temas que son consecuencia del 11 de setiembre, y los noticiarios de cadenas televisivas y de radio abren frecuentemente con las últimas novedades relacionadas con la política exterior de los Estados Unidos, especialmente el desarrollo de la situación en Irak. Por otra parte, el panorama editorial ha estado cubierto desproporcionadamente por obras de origen externo, mayoritariamente de producción norteamericana³, aunque se han publicado excelentes

³ Véanse, por ejemplo, las versiones en español de los libros de Robert Kagan, Donald Kagan, Henry Kissinger, Joseph Nye, y Bob Woodward, entre otros. Obsérvese, por otra parte, que los loables esfuerzos que hacen algunos medios de comunicación, excediéndose en sus expectativas acerca del potencial consumo, frecuentemente recurren a autorías norteamericanas para ofrecer análisis coherentes acerca de temas tan

análisis de autores españoles⁴, junto a comentarios apresurados de perfil tradicionalmente anti-norteamericano⁵, los libros de urgencia testimoniales sobre los atentados⁶, y los más pausados análisis colectivos⁷. Por otra parte, se nota significativamente la ausencia de traducciones de obras de mayor calado y estudio denso de las conexiones entre la problemática interna de los Estados Unidos y su política exterior, más allá de las obras que se centran casi exclusivamente en los dramáticos acontecimientos del 11 de setiembre y sus consecuencias⁸. En paralelo con esta carencia, el contexto universitario y el mundo especializado y minoritario de los centros de reflexión sigue encorsetado en su estructura tradicional. A pesar de la labor meritoria de un puñado de reputados centros y revistas destacados como Política Exterior⁹, todavía no existe un solo instituto, centro de reflexión o programa de estudios (ni siquiera un master, con la excepción de uno en Alcalá, dedicado a temas diversos, más de perfil sociológico) especializado en la única superpotencia del planeta. Aunque los centros de análisis dedican especial atención a la coyuntura mundial posterior al 11 de Setiembre, no se percibe una especialización sobre la problemática pluridisciplinaria de los Estados Unidos, sobretodo en sus dimensiones políticas y económicas¹⁰.

La explicación para esta laguna puede ser debida a una combinación de factores. Incluyen desde las limitaciones presupuestarias, la rigidez de los planes de estudio, un cierto desdén hacia los temas americanos en general (con la excepción de los iberoamericanos, contexto hacia el que se ejerce un complejo de superioridad), y la aparentemente perenne limitación lingüística de varias generaciones de intelectuales y dirigentes españoles con respecto al inglés (sin que las nuevas generaciones muestren una mejora palpable). Curiosamente, desde una perspectiva de la izquierda, pareciera que expresar interés en temas genuinamente norteamericanos invitaría a la acusación de colaboracionismo o de apología; desde la derecha tradicional, todavía no se ha superado totalmente un sentimiento visceral de antiamericanismo que se rastrea a la humillación del 98. Unos desdeñan a los Estados Unidos por haber garantizado la supervivencia del franquismo con la alianza estratégica forjada con los acuerdos de las bases militares, y otros

cruciales como la política exterior de los Estados Unidos. Ejemplo de esta tónica es el dossier especial elaborado por La Vanguardia.

⁴ Véanse los libros de Gema Martín Muñoz y Antoni Segura.

⁵ Como ejemplos de diverso grado de comentario crítico, sirvan los textos de Mariano Aguirre, Carlos Elordi, Alexandre Muns, Fernando Reinares, Carlos Taibo, y José María Tortosa.

⁶ Ejemplos: los libros de Pérez Piñar y Rojas Marcos.

⁷ Como ejemplos, la compilación de Castells y Serra, y la innovadora transcripción de una larga conversación entre Carlos Alonso Zaldívar y Darío Valcárcel.

⁸ Véanse los libros de Bacevich, Campbell, Kupchan, Malone, Mandelbaum, Mead, Steward-Forman, y Talbott

⁹ Véanse los análisis en el contexto de la guerra de Irak ofrecidos por Arístegui, Del Arenal, González Manrique, Marín, Medina, Ojeda, y Pardo de Santayana.

¹⁰ Se recomienda la consulta de las páginas digitales del CIDOB, el Real Instituto Elcano, el Institut Universitari d'Estudis Europeus de la Universitat Autònoma de Barcelona, y el Instituto Complutense de Estudios Internacionales.

sienten desconfianza por un país que se percibe como protestante, excesivamente liberal y permisivo. Si a estas actitudes se une la todavía no superada incomodidad de las generaciones ya maduras por el idioma inglés, el panorama no es el mejor para un cabal entendimiento de los Estados Unidos, más allá de la cultura popular y estereotipada del deporte y el mundo del espectáculo.

De todas maneras, teniendo en cuenta las mejoras en el terreno bibliográfico y mediático, ciertos hechos y detalles básicos de la política exterior de los Estados Unidos forman parte de un consenso, ante el que cualquier análisis puede resultar repetitivo. Quedan, sin embargo, algunas áreas que pueden ofrecer oportunidades para apuntes innovadores.

En esa línea adelantaré tres dimensiones: coherencia histórica, estupefacción tras el 11 de Setiembre, y persistencia del estereotipo.

2. Lo que es noticia

En primer lugar, la actual política exterior de los Estados Unidos no solamente parece responder a una ideología precisa de parte de su liderazgo actual, sino que está significativamente anclada en una porción de sentimientos íntimos de la opinión pública que no se guía por unos esquemas ideológicos, y que no es necesariamente experta en temas exteriores y estratégicos. La llamada “América profunda”, más que una élite ideológica a la que se señala como autora y rectora, está presente, quizá de forma inconsciente, detrás de las decisiones presidenciales. Además, significativamente responde en numerosos aspectos a unas constantes del pensamiento estratégico norteamericano de los dos últimos siglos.

En segundo término, aparentemente de modo contradictorio y paradójico con la primera aseveración, se percibe que una mayoría apabullante de la ciudadanía norteamericana estuvo por lo menos durante dos años (y en cierta medida aún lo está) tal como se hallaba a mediodía del 11 de setiembre de 2001, sin saber apenas qué sucedió.¹¹ Eso explicaría, por ejemplo, cómo es posible que una minoría del liderazgo norteamericano capturara prácticamente todos los resortes del poder y ha estado actuando aparentemente en contradicción con unas líneas básicas de lo que, en forma un tanto mitificadota, se considera como genuinamente sentimientos norteamericanos, tanto por convicción personal, como por la evidencia mostrada a lo largo de más de dos siglos: generosidad, convicción democrática, y defensa de las libertades públicas.

En tercer término, y quizá el tema más importante para nosotros, me permito adelantar que la percepción de los Estados Unidos en Europa (y muy especialmente en España) sigue aquejada de una dosis notable de estereotipo al tratar dimensiones como las

¹¹ Para una muestra de las explicaciones de la tragedia del 11 de Setiembre, véanse los trabajos de Cameron, Der Spiegel, y el documento clásico de la National Commission.

anteriores, que si en las décadas anteriores podía ser preocupante, ahora resulta peligrosísima ya que puede incidir gravemente en la toma de decisiones que implican sectores sensibles de la seguridad nacional que no necesariamente pueden coincidir con los de los Estados Unidos.

En consecuencia, por una combinación de los factores aludidos en los tres anteriores apartados, la brecha que se percibía que existía (y que es más evidente ahora) entre Europa y los Estados Unidos por una parte puede ser debida, sobretodo en el caso español, a unas motivaciones coyunturales, electoralistas y temporales, pero se intuye es mucho más profunda de lo que los optimistas análisis del liderazgo a ambos lados del Atlántico expresan. Lo que se intuía como profundo desacuerdo entre europeos y americanos acerca de cómo situarse en el mundo ha saltado a la superficie y conviene tenerlo presente para que el mal no llegue a peor, ya que no es en beneficio de ninguna de las dos partes. Si bien conviene defender los intereses europeos y trabajar en pos de la construcción de una conciencia europea, definida y diferente de la de Estados Unidos, plantearse la mera meta de plasmar unas líneas de enfrentamiento con los Estados Unidos puede no corresponder a la mejor defensa del bien común.¹²

Para centrar el análisis que nos atañe, conviene enfocar de forma precisa la chispa que lo provoca. Se trata de lo que de veras preocupa a los observadores europeos acerca de la política exterior norteamericana. De bote pronto, pareciera que el Presidente Bush hubiera estado en desacuerdo con su aliado Silvio Berlusconi y, en lugar de adherirse a la táctica perenne del catenaccio del calcio italiano, prefiriera la doctrina consistente en que “la mejor defensa es el ataque”. Sin embargo, a la vista del éxito diverso de los equipos italianos en las últimas Ligas de Campeones, se podría colegir que no es tanto cuestión de qué táctica forma parte del guión, sino que depende de un sentido pragmático de aplicarla. Los Estados Unidos parecen ahora que están ejecutando este credo, pero no necesariamente coincide con una constante histórica. Igual diagnóstico parece derivarse de la conducta del premier italiano, quien optó por inaugurar y ejecutar la presidencia italiana de la UE de forma espectacular, polémica, y con ataque frontal, con grave daño no solamente para él, sino para todas las instituciones de la UE, especialmente el Parlamento. En cualquier caso, no pareciera que los Estados Unidos y sus socios más destacados en la crisis que enfrenta la humanidad hayan optado por lo que en el argot americano se llama low profile, algo que inútilmente le pedían desde el sur a los norteamericanos hace décadas: un elefante no puede pretender tenerlo en el zoo. Lo máximo que se puede intentar es que el elefante no entre en la cacharrería.

¹² Para una selección de trabajos sobre la relación transatlántica, véanse los trabajos de Albright, Burghardt, Chalmers, Daalder, Drozdziak, Cohen, Kennedy, Lambert, Markovits, Moisi, Moravsik, Roger, and Voigt.

III. EL DISCURSO POLÍTICO Y SU INTERPRETACIÓN.

1. El mensaje básico de Bush contra el terrorismo

Después de los atentados de Nueva York y Washington que costaron la vida a más de 3.000 personas procedentes de 80 países, Bush habló desde el Despacho Oval de la Casa Blanca la noche del 11 de setiembre¹³:

"Las imágenes de los aviones que volaban hacia los edificios, los incendios que ardían, el colapso de inmensas estructuras, nos han llenado de incredulidad, de una tristeza terrible y de una ira callada e inquebrantable. Se pretendió que estos actos de asesinatos masivos asustaran a nuestra nación, llevándola al caos y la retirada."

A renglón seguido, se apresuraba a establecer las líneas principales de la respuesta presidencial para corregir la estrategia terrorista: "Pero han fracasado; nuestro país es fuerte. Un gran pueblo ha sido llevado a defender a una gran nación. Los ataques terroristas pueden sacudir los cimientos de nuestros mayores edificios, pero no pueden tocar los cimientos de los Estados Unidos. Estos actos destrozaron acero, pero no pueden mellar el acero de la determinación estadounidense."

La explicación de las motivaciones de los atentados era diáfana para la visión presidencial. Reflejaba lo que los historiadores y politólogos han etiquetado como la "excepcionabilidad"¹⁴ de la naturaleza de los Estados Unidos, un caso único en la historia: "Estados Unidos fue blanco de un ataque porque somos el faro más brillante de la libertad y oportunidad en el mundo. Y nadie hará que esa luz deje de brillar".

Se quería dejar sentado, en contraste con los comentarios apresurados de solidaridad mundial con los Estados Unidos (recuérdese el titular "Todos somos americanos" de Le Monde, publicado al siguiente día, convertido por el director Jean Marie Colombani en libro), que los ataques terroristas fueron un acto de guerra diseñado y ejecutado contra los Estados Unidos. Al día siguiente, reunido con su equipo de Seguridad Nacional, Bush dijo: "Los ataques deliberados y mortales que fueron llevados a cabo ayer contra nuestro país ayer fueron más que actos de terrorismo. Fueron actos de guerra. Esto requerirá que nuestro país se una en una determinación y firmeza inalterables."

Sin embargo, por si acaso hubiera duda, para mandar también un mensaje de globalidad, Bush aclaraba que "la libertad y la democracia están bajo ataque.... Este enemigo atacó no sólo a nuestro pueblo, sino a todos los pueblos amantes de la libertad por todas partes del mundo. Estados Unidos utilizará todos nuestros recursos para vencer a este

¹³ Los comentarios acerca del retraso del presidente en dirigirse al país, en directo y por television, desde la Casa Blanca, ocupan un gran espacio en la literatura periodística. Véase, en el caso español, el libro de Pilar Urbano.

¹⁴ Para una revisión de este concepto, véase el libro de Lipset, y también el análisis comparativo de Isbell..

enemigo. Reuniremos las fuerzas del mundo.” En consecuencia, para conseguir la cohesión mundial, desde el principio, los Estados Unidos se enfrentaban a la identificación urgente del nuevo enemigo: "El pueblo estadounidense necesita saber que estamos enfrentando un enemigo distinto al que jamás hayamos enfrentado. Este enemigo se esconde en las sombras, y no tiene ningún respeto por la vida humana. Este es un enemigo que ataca a gente inocente y confiada, y luego corre a esconderse.”

Esa estrategia, sin embargo, según los cálculos del presidente, debía fallar en sus objetivos: “Pero no podrá esconderse para siempre. Este es un enemigo que piensa que sus refugios son seguros. Pero no serán seguros para siempre.” La misión, no obstante, observada con una cierta dosis de realismo, requeriría tenacidad y tiempo: “Seremos pacientes, estaremos centrados, y seremos inmutables en nuestra determinación. Esta batalla tomará tiempo y determinación.” Sin embargo, el objetivo final seguía siendo esencial: “Pero que no quepa duda alguna: ganaremos”.

Acerca de la personalidad de Osama bin Laden y la red al-Qaeda, el 20 de setiembre, Bush la trataba en otro mensaje al Congreso:

“están vinculados a muchas otras organizaciones en distintos países, entre ellos la Yihad Islámica Egipcia y el Movimiento Islámico de Uzbekistán. Hay miles de estos terroristas en más de sesenta países. Son reclutados de sus propias naciones y vecindarios, y llevados a campamentos en lugares tales como Afganistán, donde son entrenados en las tácticas del terror. Son vueltos a mandar a casa o enviados a esconderse en países por todo el mundo para tramar la maldad y destrucción.”

En una primera etapa, la táctica para enfrentar al nuevo enemigo era precisa:

“Los líderes de al-Qaeda tienen mucha influencia en Afganistán, y apoyan al régimen Talibán en el control de la mayoría de ese país. En Afganistán, vemos la visión del mundo de al-Qaeda. El pueblo de Afganistán ha sido tratado brutalmente – muchos están muriéndose de hambre y muchos han huido. No se permite que las mujeres asistan a la escuela. Uno puede ser encarcelado por tener un televisor. La religión puede practicarse solamente de la manera en que dicten sus líderes. Un hombre puede ser encarcelado en Afganistán si su barba no es suficientemente larga [...] Estados Unidos respeta al pueblo de Afganistán – al fin y al cabo, actualmente somos su mayor fuente de ayuda humanitaria – pero condenamos el régimen del Talibán. No sólo está reprimiendo a su propia gente, está amenazando a la gente de todas partes al patrocinar y albergar y abastecer a los terroristas. Al ser cómplice del asesinato, el régimen del Talibán está cometiendo asesinatos”.

Pero el frente de actuación se fue ampliando por medio de “medidas diplomáticas, militares, financieras, de investigación, de seguridad del territorio nacional y humanitarias.” En consecuencia, el 17 de octubre Bush declaraba: "Nuestra será una campaña amplia,

combatida en muchos frentes. Es una campaña que será librada de día y de noche, en la luz y en las tinieblas, en batallas que verán y batallas que no verán. Es una campaña librada por soldados y marineros, soldados de infantería y aviadores; y también por agentes del FBI y oficiales de agencia que velan por el cumplimiento de la ley y diplomáticos y agentes de inteligencia. Es una campaña que se está librando en territorios distantes, y una campaña que se está librando por nuestra nueva Oficina de la Seguridad del Territorio Nacional”

En una advertencia clara acerca de la necesidad de contar con plazos de largo alcance y con medios apropiados a su disposición, el presidente reconocía: “no existe una bala de plata, un solo evento ni una medida que va a hacer que la amenaza del terrorismo desaparezca repentinamente. Este esfuerzo sostenido y de amplia base – diplomático, financiero, de inteligencia y militar, tanto público como secreto – continuará hasta que se ponga fin al terrorismo.”

En términos comparativos, Bush se acercaba al terreno familiar del norteamericano medio acostumbrado a la atmósfera del mundo durante casi medio siglo: “la situación es similar a la Guerra Fría, cuando la presión continua de muchos países hizo que cayera el comunismo desde adentro.” No obstante, con el fin de esclarecer que el conflicto no era una variante de la temida “guerra de civilizaciones”, advertía: “Esta no es una guerra contra el islamismo ni ninguna otra religión. Los actos de violencia del 11 de septiembre resultaron en las muertes de miles de personas inocentes de muchas razas y religiones, entre ellas el islamismo. Estos actos terroristas violan la doctrina fundamental de la fe islámica.. Estados Unidos cuenta con los millones de musulmanes entre sus ciudadanos, y los musulmanes aportan contribuciones valiosas a los Estados Unidos como médicos, abogados, profesores de derecho, miembros de las fuerzas armadas, empresarios, tenderos, mamás y papás.” En su concepción, el Islam “promueve la paz, el entendimiento y la justicia – exactamente lo opuesto a lo que abogan el Talibán y los terroristas que protegen.”

El 17 de septiembre, menos de una semana después de los ataques, Bush visitó el Centro Islámico de Washington, D.C. y dijo: "La traducción al inglés no es tan elocuente como la original en árabe, pero permítanme citar el propio Corán: ‘A largo plazo, el mal extremo será el final de aquellos que hacen el mal, porque ellos rechazaron los signos de Alá y lo dejaron en ridículo’.” Ampliaba de esta manera: "El rostro del terror no es la verdadera fe islámica. De eso no se trata el islamismo. El islamismo es paz. Estos terroristas no representan la paz. Representan el mal y la guerra... Cuando pensamos sobre el islamismo pensamos sobre una fe que reconforta a mil millones de personas por todo el mundo. Miles de millones de personas encuentran consuelo, solaz, y paz. Y eso ha resultado en hermanos y hermanas de todas las razas".

Ya el 20 de septiembre, Bush afirmó en su discurso al Congreso que "los terroristas practican una versión marginal de extremismo islámico que ha sido rechazado por los eruditos musulmanes y la gran mayoría de los clérigos musulmanes -- un movimiento marginal que distorsiona la doctrina pacífica de Islam. Las directivas de los terroristas los

ordenan a matar a los cristianos y a los judíos, a matar a todos los estadounidenses, y no diferencian entre los militares y los civiles, incluso las mujeres y los niños.”

En conclusión, Bush centraba su discurso en la necesidad de identificar al enemigo primero con el núcleo refugiado en Afganistán, y luego con los que le dan apoyo a los terroristas, al tiempo que los diferenciaba del amplio islamismo. En un ataque que se había ejecutado no solamente contra los Estados Unidos, por su excepcionabilidad, sino también contra todo el Occidente, el presidente prometía no escatimar esfuerzos ni plazos.

2. De la contención y la disuasión a la “agresión positiva”

Lo cierto es que la actual política exterior de los Estados Unidos está diáfananamente expuesta (por mandamiento, exigido por ley) en otra precisa declaración oficial que Bush emitió el 17 de setiembre de 2002. La titulada “Estrategia de Seguridad Nacional”¹⁵, es un documento de 33 páginas destinado, *urbi et orbi*, al Congreso de los Estados Unidos (por mandato interno), y a la galaxia (por un cierto toque de megalomanía imperial). No tenía un contenido esencialmente original, ya que existía desde principios de los 90 en otro precedente, redactado por el Secretario de Defensa Adjunto Paul Wolfowitz, presentado al Presidente George H. Bush padre, pero al que le pareció demasiado contundente y escandaloso, y resolvió conservarlo en estado de hibernación¹⁶. Además, tampoco debía sorprender en demasía a los observadores atentos a la evolución del pensamiento de la seguridad nacional en los Estados Unidos, ya que el propio Clinton había insertado en un documento con los mismos objetivos la promesa de usar todos los medios necesarios (incluidos los militares de forma unilateral) para respaldar los intereses del país¹⁷.

De todas maneras, en estilo y en contenido, el nuevo edicto parecía tener un especial objetivo: atraer la atención de romanos y bárbaros. Lo consiguió, y de largo. Ya el problema inicial fue que entre sus propios súbditos le salieron formidables protestones (Carter, Gore, Kennedy, Schlesinger, Pfaff, congresistas republicanos, el New York Times, etc.). El documento engrosó las filas de los escépticos, los alarmados y los preocupados acerca de hacia dónde camina el planeta liderado por los Estados Unidos. Bush quería ser recordado por los temas grandilocuentes y generosos, como la promesa de extender las (evidentes) bondades de la democracia, la prosperidad garantizada por la economía de mercado, y la seguridad al alcance de todos. Por el contrario, en el documento destacan dos aspectos centrales, ambos militares.

En primer lugar, Bush, en un lenguaje llano y claro (“para que lo puedan leer los chicos en Texas”, como les ordenó a sus redactores), se propuso preservar la superioridad militar de los Estados Unidos en un mundo unipolar. En segundo término, intentó justificar

¹⁵ Texto original: <http://www.whitehouse.gov/nsc/nss.html>

Texto en español: <http://usinfo.state.gov/espanol/terror/o20993001.htm>

¹⁶ Véase el comentario de Gary Sick.

¹⁷ Véase el documento titulado “A National Security Strategy for a New Century”.

la necesidad de implementar acciones “preventivas” contra Estados (en cualquier región) que suponen una amenaza, en lugar de seguir confiando en la clásica doctrina de la disuasión (como continuación de la anterior basada en la estrategia nuclear), a su vez sostenida y ampliada sobre la base de la filosofía de la contención.

El salto estratégico cualitativo venía paralelamente acompañado por uno cuantitativo. El cambio no solamente reside en los medios puestos al alcance del Departamento de Defensa. Desde los \$ 300 billones de que disponía cuando Bush llegó al poder, se pasó a los \$350 billones en 2002, equivalente a más de 3,5% del Producto Interno Bruto. Pero también se aumentó el número de los escenarios en que los Estados Unidos garantizaban su actuación: de dos guerras a las que poder prestar atención (y tener la seguridad de ganar una rápidamente), se pasó a poder imponer su hegemonía por los métodos tradicionales de la disuasión en cuatro escenarios, y poder derrotar fulminantemente al enemigo en dos¹⁸. Esto era antes del 11 de Setiembre.

El documento es en realidad una ampliación de las ideas ya lanzadas en diversas intervenciones anteriores, a lo largo de un año después de los atentados criminales. En lugar de usar modestamente citas a anteriores presidentes y poetas, Bush conservaba las propias palabras de sus anteriores discursos y las convertía en epígrafes de cada uno de los nueve cortos capítulos que amplían los temas escuetamente anunciados en una introducción en la que reitera que la misión del gobierno federal de los Estados Unidos es defender a la nación contra sus enemigos.

Según su lógica (compartida por amplios sectores de los analistas), éstos son diferentes de los que en el pasado necesitaban grandes ejércitos. Hoy solamente son “redes sombrías de individuos que apenas necesitan recursos inferiores al costo de un solo carro de combate”. Por lo tanto, para derrotarlos, antes de que actúen otra vez, hay que emplear todos los medios al alcance. Se aboga por la acción “preventiva”, disparar primero, ante la anticipación de una amenaza. Se ampliaba de esa manera la doctrina de la justificación de la acción en defensa propia por la justificación de lo que se podría llamar “agresión positiva”, una variante de la “affirmative action” de alta alcurnia norteamericana.

Aunque los Estados Unidos desean actuar con la comunidad internacional, Bush se arroga el derecho de hacerlo por su cuenta y riesgo. Así lo anunció taxativamente en el marco de las Naciones Unidas con respecto a los planes para no solamente frenar los progresos del régimen iraquí en su producción de armas letales de destrucción masiva, sino para cambiar el régimen totalmente.

En un lenguaje mesiánico, con resonancias de emperador romano o de Napoleón, en el mejor tono del Destino Manifiesto, en versión dura del wilsonianismo, parte de las diversas corrientes o modos inspirativos de la política exterior de Estados Unidos, y una

¹⁸ Para una muestra de los ensayos elaborados por los más cercanos colaboradores de Bush, veáse el de Rice.

redacción que conserva el tono de los razonamientos jurídicos, el presidente de los Estados Unidos no solamente se confortaba en el poder impresionante del país en los terrenos militar y económico, sino que confiaba plenamente que los Estados que, por su tamaño o potencial, pudieran ser alguna manera adversarios, se conviertan en aliados fieles. Así, por ejemplo, China y Rusia deberían adoptar la misma estrategia de combatir el terrorismo y de incorporación a la economía de mercado. Era y es, para los escépticos, lo que en inglés popular americano se llama “wishful thinking”.

Por si acaso, el presidente estadounidense anunciaba que se incrementarían sus programas de ayuda al mundo subdesarrollado (caldo de cultivo del antiamericanismo), pero la condicionarían a la ausencia de corrupción. Luego se ha visto que, por lo menos, la ayuda de tipo militar también está condicionada a que el país en cuestión renuncie a poder juzgar en la Tribunal Internacional Justicia a los ciudadanos norteamericanos. Era un guiño a los “moderados autoritarios” reformables de los tiempos de Reagan y Jeanne Kirkpatrick, cuya doctrina se comenta más adelante. Se distinguía inteligentemente entre los regímenes totalitarios (sin posible redención) y los que convenía cuidar, ya que eran susceptibles de reforma y sólida alianza. Todavía están pagando los Estados Unidos y los países que engendraron la puesta en práctica de esta doctrina las consecuencias de su interpretación. Solamente los “desaparecidos” entienden cabalmente el resultado.

3. La cobertura contextual: la ideología de la ultraderecha

Tempranamente en la fase de evaluar la nueva estrategia de los Estados Unidos como consecuencia de los ataques del 11 de Setiembre, la tentación de los observadores para conectar la novedosa ideología con las raíces más conservadoras del pensamiento político norteamericano ha sido irresistible, y no sin razón. Curiosamente, el rastreo histórico ha topado frecuentemente con la rama más liberal de la conciencia política norteamericana. Simultáneamente a su intervencionismo, y a su maridaje con las dictaduras de su conveniencia, durante el último siglo, los Estados Unidos garantizaron la supervivencia de la democracia liberal en el planeta, ante todas las amenazas totalitarias, desde el marxismo-leninismo hasta los cantos de sirena alternativos del fascismo. Pero, paradójicamente, es la sociedad occidental que simultáneamente está aquejada del germen potencial de caer fácilmente en las garras de un especial quasi-nazismo de consecuencias más peligrosas que las que casi produjeron el suicidio colectivo de la Alemania hitleriana.

De momento (aunque las señales desde el otoño de 2001 no son para celebrarlo), el balance es positivo en cuanto a la primera opción. Han sido precisamente los Estados Unidos los que han podido acudir a salvar la existencia de la cuna de su origen, Europa. Con ella, constituyen el tandem más exitoso de la reciente historia del mundo, en la senda del progreso político, económico y social. Con ella, significativamente, se hallan en un conflicto, tras cuya resolución se verá si es transitorio o permanente.

La clave de ambas situaciones potenciales, aparentemente contradictorias, es precisamente una característica primordial de la médula nacional. En contraste con los extremismos europeos (de los que precisamente el experimento de la UE trata de huir), los Estados Unidos han forjado su personalidad gracias a la aplicación tenaz y sistemática del nacionalismo de opción, no de herencia. Por necesidad, los padres fundadores señalaron la senda hacia el forjamiento de una nación que originalmente rechazó las señas de identidad primordiales e identitarias, culturales o étnicas. “Dadme las masas acurrucadas y cansadas, anhelando ser libres”, rezan los versos de Emma Lazarus cincelados en el pedestal de la Estatua de la Libertad, casi como salutación a las hoy desaparecidas Torres Gemelas.

El nacionalismo constitucional es el más fácil, ya que solamente necesita una oferta de una vida mejor y una aceptación con esperanza. Es, simultáneamente, más difícil de cumplir ya que debe rendir cuentas precisas a diario. No solamente debe garantizar la vida y la libertad, como dice la Declaración de Independencia, sino también “la búsqueda de la felicidad”.

Los estadounidenses han cumplido durante dos largos siglos con este contrato de claras connotaciones renanianas. Debe ser, para tener el resultado apetecido, como un plebiscito puesto a prueba diariamente, esperando a cambio los resultados cada noche, en forma de progreso y seguridad relativa. Hasta los sesenta, este sentimiento permaneció incólume. El triunfo del final de la Guerra Fría recuperó parte del escepticismo creado por el asesinato de Kennedy, los errores de Vietnam y el final vergonzoso de Nixon. Desde el 11 de setiembre, el fantasma de la falta de confianza ha desenterrado los esqueletos en el armario. La extrema derecha estaba agazapada y amenaza con ocupar el espacio que tiene reservado.

Nunca creyó en el crisol cultural o de razas como base de los Estados Unidos, sino que consideró que el nuevo país debía tener un núcleo nórdico, de habla inglesa, pretendidamente cristiano de la variante fundamentalista. Durante décadas toleró la coexistencia con el aluvión. La llegada aparentemente masiva de latinoamericanos y la resistencia de una minoría exigua en número de raíz musulmana a adoptar las costumbres laicas, encendieron las alarmas.

Desde el 11 de Setiembre, el primer obstáculo que ha impedido el activismo de los grupos de extrema derecha ha sido la ausencia de lo que pudiera considerarse como el contraataque del terrorismo en las propias fronteras. A la vista de la tímida reacción del liberalismo norteamericano y de la clamorosa mudez de la “mayoría silenciosa” ante los decretos de urgencia y las medidas que rozan la inconstitucionalidad, la supervivencia del tejido social se debe a unas notables reservas culturales que mantienen el sistema en equilibrio.

En segundo lugar, la latente amenaza filofascista está larvada de su propia dispersión. Comprende el pánico de una clase media que se considera condenada a los

niveles del proletariado por la invasión de sus puestos de trabajo antes bien remunerados. Incluye los grupos fundamentalistas religiosos que quisieran una nación regida por un código drástico dictado por sus creencias basadas en una interpretación primitiva y perversa de la Biblia. Pareciera estar liderado por un sector ilustrado de base anglosajona que está acojonado por una nostalgia de una patria que nunca existió¹⁹.

La chispa que siempre pudiera encender esta mezcla explosiva es un segundo ataque terrorista, tantas veces anunciado por los actuales dirigentes, que justificara la reacción irracional del sistema democrático. Muchos han estado cruzando los dedos; otros todavía confían.

4. Un asunto externo.

Es un tópico implacable: nada ha sido igual desde los atentados del 11 de Setiembre. Lo que no está tan claro es si la frase se refiere comparativamente al contexto anterior a la tragedia, o si se aplica al periodo que va desde precisamente el fatídico martes hasta un año después. Paradójicamente, en rigor (lo cual puede parecer escandaloso para lo que parece ser el consenso general), la sique política de los Estados Unidos estuvo prácticamente igual desde media mañana del 11 de setiembre hasta el comienzo de la guerra en Irak, para regresar, una vez las hostilidades cesaron, al estado primigenio. Está todavía congelada en gran medida por el “excepcionalismo”, con fronteras opacas e impenetrables para la amenaza exterior.

Al menos, éste sería el diagnóstico adecuado en lo que atañe a la reacción política de su clase dirigente y al sentimiento de conmoción experimentado por la mayoría silenciosa. Con la excepción de una minoría (también dividida, y no precisamente en las líneas tradicionales de derecha y liberales), el grueso de la sociedad norteamericana parece no saber bien qué pasó.

Es cierto que en las cercanías de las desaparecidas Torres Gemelas hubo (y todavía subsiste) un mayor sentimiento de solidaridad y de sentido asociativo, precisamente en una ciudad que se preciaba ufanamente como meca del individualismo. Pero en el resto del país, con la excepción de las semanas en que se acrecentó el uso de banderitas en las casas y automóviles (mucho más acusado en los vecindarios de la clase media-baja o la obrera que en los acomodados), puede decirse que la sensación de incredulidad e insensibilidad no fue superada. Solamente el número de muertos y heridos en comunidades y familiares más cercanos a los militares ha impactado perceptiblemente la conciencia de la sociedad.

Nunca se pasó decisivamente a la etapa posterior a la experiencia de un trauma, de asunción de una tragedia personal, sin cruzar la barrera de la negación de la evidencia. El país oficial nunca consiguió asumir la diferencia entre la urgente identificación de lo que

¹⁹ Para una revisión de los diversos grupos de ultraderecha, véanse las siguientes fuentes digitales: http://www.publiceye.org/lnk_rit.html

había sucedido, quién lo había ejecutado, y, lo más importante, por qué. El país real siguió las consignas del liderazgo, al que delegó la tamización del miedo, la incertidumbre, y la ejecución de la respuesta. El resultado de las elecciones de 2004 confirma en gran manera este diagnóstico.

Ante el espectacular desastre de la defensa y de la inteligencia (los espías, no los intelectuales) norteamericanas, dispersas en una docena de aparentemente inútiles agencias que compitieron entre ellas (la CIA y el FBI han tenido que firmar una paz explícita) apenas en su incapacidad por intuir lo que se venía encima, el sistema reaccionó de la misma manera que los malogrados bomberos. Estos, en los primeros minutos de la tragedia, se aprestaron heroicamente a cumplir la única tarea para la que estaban preparados: identificar el fuego, sofocarlo y salvar a las posibles víctimas, sin hacer más preguntas. La tragedia fue doble: no solamente perecieron miles de ciudadanos anónimos sino unos centenares profesionales de la seguridad pública que nunca supieron en realidad a lo que se enfrentaban.

En el fondo, es lo que le ha estado sucediendo a la Norteamérica oficial. Registró en los primeros minutos lo que había pasado, se identificó a los culpables y se puso como misión aniquilarlos. A cualquier precio, como en la ejecución de las “guerras sucias”. Como que, de momento, este costo, a pesar del déficit federal, parece ser asequible para la mayoría, no ha reaccionado, ni siquiera durante o después de la guerra en Irak.

En todo ese tiempo (hasta las elecciones de noviembre de 2004) poco se movió en la sociedad norteamericana. La inacción se generó a pesar de las apariencias provocadas por las sucesivas acciones y amenazas de la Casa Blanca y el Pentágono, y el vuelco rotundo que ha tenido el mundo con respecto a la agobiante presencia de los Estados Unidos y su insustituible papel en cuantas crisis se producen (véase el caso fascinante de Perejil) o son producidas por ellos.

En rigor, la tragedia sigue viéndose como un fenómeno de asuntos exteriores. Es la otra cara ilustrativa de la moneda gráficamente esgrimida por Alexander Haig cuando reflejó la opinión oficial de cierta parte del establishment, aunque maquillada como percepción personal, sobre el intento del golpe de estado de Tejero en el 23-F: es un asunto interno, o sea “externo” para los Estados Unidos, según las conveniencias. Foreign Affairs es para el norteamericano medio simplemente una revista especializada de un campo exótico. “Foreign” suena como en la “Legión Extranjera”. Un “affair” es en el inglés americano una palabra para referirse a una relación sentimental ilícita. A ese terreno pertenece todavía la tragedia del 11 de Setiembre.

Parece un círculo vicioso. En primer término, resulta tópico constatar que los norteamericanos no siguen las noticias internacionales porque no poseen la educación necesaria. Los medios de comunicación, atrapados en época de crisis, no proporcionan el contenido y análisis necesarios. En un país cuyo sistema universitario cobija los mejores

especialistas del planeta en relaciones internacionales, sin cuyos análisis teóricos y prácticos la disciplina sería muy diferente (o inexistente), más de la mitad de los miembros del Congreso no poseen pasaporte, se supone porque no lo necesitan. El resultado de todo este problema es que la tragedia del 11 de Setiembre quedó archivada en el cesto de los temas internacionales, sobretodo por la espectacularidad de la campaña en Afganistán y luego por la guerra anunciada contra Irak, y subsecuentemente por su ejecución.

Desde Europa, el autismo de los Estados Unidos se percibe como clamoroso. Nunca había sido más amplio el cisma entre el liderazgo europeo y los Estados Unidos. Cuando norteamericanos y europeos consiguen comunicarse, los primeros tratan de mandar un mensaje de que están en guerra y persisten en representar unos valores amenazados. Los europeos (al menos los que representan la “vieja Europa” en la imaginería de Rumsfeld) parecen defender unos valores distintos. Para los norteamericanos, son los que impelieron a los peregrinos y sus imitadores a surcar el mar y huir de la intolerancia, el hambre y el totalitarismo; para los europeos, su mayor orgullo es precisamente haber superado estas lacras europeas en la experiencia propia y el casi suicidio continental que terminó en 1945.

Pero el divorcio entre Washington y Europa poco importa a la opinión pública norteamericana, y menos al Pentágono. Lo del 11 de Setiembre sigue pareciendo un problema externo. En un primer plano, los secuestradores eran, evidentemente, extranjeros. Las víctimas, con la excepción de los agentes del orden y bomberos que perecieron en el rescate, se presentaron como multinacionales, empleados de empresas globales, en el afán por resaltar que el ataque no fue solamente contra los Estados Unidos, sino también contra el resto de la humanidad. En un segundo nivel, los sospechosos son siempre extranjeros. Los presos, sobre todo los que están o han estado en Guantánamo, también son extranjeros, con la excepción de una media docena de británicos y algún español perdido para los que se han exigido tratos judiciales de favor. El interés obsesivo por individualizar la legalidad de la detención de algún ciudadano norteamericano implicado en los atentados o acusados de ser agente de los terroristas revela palpablemente esta obsesión por distinguir lo propio y lo ajeno.

En el fondo, y a pesar de la superficial reacción de banderitas, la amenaza del terrorismo es un problema inescrutable, desechable, como los pañuelos y pañales modernos. A esta confusión ha contribuido la propia táctica del gobierno norteamericano, muy especialmente el discurso del presidente, al identificar el problema como un mal etéreo, quasi religioso. De ahí que se haya tenido que acudir al anclaje del mal con un ente más asequible, en un país concreto. Primero fue en Afganistán y luego en Irak.

Además, por si acaso el exotismo no era lo suficientemente contundente, los ejércitos norteamericanos (dos tercios de los cuales están en Corea e Irak) se perciben también como una necesaria “Legión Extranjera”, relativamente bien pagada, cumpliendo una función. “It’s a job”, en la terminología con genuino sabor americano. Los que auguraban una experiencia tétrica en el proceso de la guerra con la anunciada llegada de

centenares de ataúdes no vieron cumplidas sus predicciones. De momento, el goteo de las víctimas de los francotiradores o las guerrillas de ocasión han sido asumibles para los estómagos de los norteamericanos. En el fondo, son tan justificables como las muertes de los policías en la diaria lucha contra la criminalidad en cualquier ciudad norteamericana. “It’s a job”, de momento. Y es una función extranjera, en latitudes lejanas, contra elementos extraños. El 11 de Setiembre fue una excepción.

En suma, la crisis no impactó en sus vidas diarias, aunque sí se ha incorporado a la parafernalia patriótica, a la inmensa mayoría de los norteamericanos. Las excepciones más claras (aparte, naturalmente, de las víctimas más directas de los atentados) son los hombres de negocios que se ven obligados a viajar constantemente y sacarse los zapatos (ya lo hacen automáticamente, sin peticiones previas) y los ordenadores de la maleta para pasar los controles de seguridad, y los empleados de las empresas íntimamente conectadas con el turismo más tocado por la crisis. Aunque los expertos señalan que el deterioro económico está íntimamente ligado a los resultados de los atentados, los ciudadanos no lo ven así.

Esta disfunción entre realidad y mitificación viene de lejos y puede ser fácilmente rastreable a la progresiva falta de confianza paralela a la pérdida de la inocencia política durante la segunda mitad del siglo XX.

5. La raíz del deterioro

A mitad de 2003, casi dos años después de la tragedia del 11 de Setiembre, el panorama ya era desconcertante, confuso, incómodo, incluso para los que se recocijaban del final de la guerra de Irak. Subsistía el caos en el país, la economía no se recuperaba, se multiplicaban los atentados en otros lugares (Marruecos, Indonesia) y las bajas norteamericanas desde el final oficial de la guerra ya superaban a las sufridas en los combates. Las voces que en todo este tiempo se han atrevido a cuestionar el rumbo tomado por la actual dirigencia de los Estados Unidos preguntaban acerca del origen de la paradoja: ¿cómo es posible que en pocos meses se pasara de afirmar que “todos somos americanos”, según el editorial de Le Monde, a reclamar que “(casi) todos odiamos a los americanos”? En realidad, la clave no reside en las motivaciones de los observadores extranjeros, sino en la propia evolución interna de la sique norteamericana. Una posible explicación se puede encontrar más al sur, en la rica indagación de la identidad latinoamericana.

En el impactante párrafo inicial de su magistral Conversación en ‘La Catedral’, el protagonista de la novela de Mario Vargas Llosa, se pregunta: ¿en qué momento se había jodido el Perú? En medio de un panorama de mediocridad y desastre, caos y pobreza, opresión y corrupción, Zavalita indaga sobre las causas del estado de frustración, que no es solamente personal, sino nacional y continental.

Esa búsqueda de la identidad latinoamericana revela algunos comunes denominadores, presentes en todos los países y en todas las generaciones. América Latina

es en esencia la combinación lógica de lo que los líderes latinoamericanos quisieron que fuera, lo que no consiguieron, y la labor de zapa de los diversos obstáculos impuestos por los que consideraron que debía optar por una senda diferente. El resultado es una inmensa frustración, de unos y otros. Además, el pensamiento y las ideologías latinoamericanas revelan una obsesión central: los Estados Unidos.

Mientras el desarrollo de la identidad nacional, de la cohesión estatal y social, de la concreción política de cada una de las naciones latinoamericanas es un panorama de fracaso, la observación del fenómeno de los Estados Unidos produce el efecto contrario. Al sur impera el desastre; en el norte preside el éxito.

Lo curioso es que este fenómeno no es reciente, sino que se remonta a las primeras generaciones de los próceres, como si ya intuyeran las pautas del futuro. Los intelectuales latinoamericanos se han enfrentado durante dos siglos al espejo, preguntando “quién es la más bella de las mujeres”. Lamentablemente, el cruel cristal, en lugar de contestar narcisistamente, lanza el equivalente de “¡Blancanieves!” Parafraseando a Clinton, en su existosa consigan cuando se enfrentó a Bush padre en la campaña presidencial: “Los Estados Unidos, idiota”.

Hoy el éxito del modelo de los Estados Unidos ha adquirido una dimensión monstruosa. No solamente es la única alternativa ideológica tras el fracaso del modelo soviético, sino que su poderío militar es imparable, y probablemente, para recordar la etiqueta de Madeleine Albright, imprescindible.

Paradójicamente, esta potencia se ha convertido en blanco del temor y las críticas de la mayor parte de la humanidad, con el resultado de que, a un par de años del 11 de Setiembre, el clamor sincero de “todos somos americanos” se transformó en “(casi) todos somos anti Bush y Rumsfeld.”²⁰ Aleccionadoramente, los latinoamericanos han estado pioneramente en la vanguardia de este fenómeno. ¿Qué ha pasado? O, mejor, ¿en qué momento se jodió Estados Unidos?

Lo intrigante de este hecho es que no es simplemente detectable en los meses posteriores a las primeras reacciones al 11 de Setiembre. Es mucho más complicado para ser atribuido al desdén mostrado por la Casa Blanca y el Pentágono hacia la OTAN cuando ingenuamente activó su artículo 5, a las megalomaniacas declaraciones presidenciales concretizadas en el documento de la Estrategia de Seguridad Nacional, o los insultantes exabruptos de Rumsfeld contra la “vieja” Europa. En qué momento, en fin ¿se jodió esto? ¿Cuándo, en realidad, se comenzó a atentar contra las Torres Gemelas, o se apresuró uno a comprar cinta adhesiva para protegerse del gas mortífero?

²⁰ Lo que puede parecer una apreciación subjetiva está confirmado por las encuestas. Véanse las elaboradas por el Pew Research Center y los análisis del Real Instituto Elcano.

En realidad, todo se remonta al momento en que los Estados Unidos, surgidos como victoriosos de la Segunda Guerra Mundial tras su triunfo contra el fascismo y el nazismo en Europa y el militarismo imperial japonés, se enfrentaban al nuevo enemigo que como una sirena encantaba desde Moscú a los marginados del planeta. Washington captó certeramente que la oferta de un paraíso totalitario en la tierra era más concreto que la vaga búsqueda de “búsqueda de la felicidad” de la Declaración de Independencia. El marxismo competía con la oferta norteamericana abierta a todo el planeta, expuesta en la Estatua de la Libertad: “dadme las masas temerosas, suspirando por ser libres”. En consecuencia, se resolvió eliminarlo, lo cual puede parecer plenamente legítimo. El problema es que ejecutó esta misión a cualquier precio.

6. El interés nacional

En el torbellino de acontecimientos acumulados en el histórico mes de noviembre de 2004, con la reelección de Bush se soslayaron algunos interesantes aniversarios, íntimamente conectados con el nombramiento verdaderamente sin precedentes de Condoleezza Rice como Secretaria de Estado. Al recordar que cuatro años antes Rice consiguió atraer la atención de Bush mediante la publicación de un significativo artículo en Foreign Affairs, conviene también meditar que igualmente un cuarto de siglo antes, otra mujer, Jeanne Kirkpatrick, logró capturar el favor de Ronald Reagan con otro artículo de mayores consecuencias que el ensayo de Rice. La tesis central imbricada en uno y otro artículo estuvo dramatizada en su momento por la popularidad de Francis Fukuyama. En el fondo, todos le deben su fortuna a George Kennan, quien hace más de medio siglo acertó a inspirar con otro ensayo precisamente publicado en Foreign Affairs lo que sería la columna vertebral de la política de los Estados Unidos en la Guerra Fría. Vayamos por partes.

En julio de 1947 ya se había hecho evidente que la conveniente luna de miel de la alianza entre los Estados Unidos y la Unión Soviética se había agotado. George Kennan, un funcionario del Departamento de Estado en Moscú, publicó con el seudónimo de “Mr. X” un ensayo, titulado como “largo telegrama” en su envío previo a sus superiores, y posteriormente aterrizó en el escritorio del presidente. Así se convirtió en la base de la Doctrina Truman. Considerando que las “fuentes de la conducta soviética” (como rezaba el título) estaban basadas en la “ideología” y las “circunstancias”, y que sus objetivos residían en la obsesión del control interno y la expansión de su dominio, los Estados Unidos debían ejercer una política implacable de lo que se llamaría clásicamente “contención”.²¹

Mientras sucesivos presidentes se enfrascaron en la modulación de esta política, entre la disuasión y la amenaza de la “destrucción mutua asegurada”, nadie mejor que Kennedy supo sublimar el compromiso de los Estados Unidos en su clásico discurso de toma de posesión de enero de 1961. Aparte de indicarles a los norteamericanos que “no

²¹ Sobre las similitudes de actitud de las tesis de Kennan con la política a adoptar por los aliados ante los Estados Unidos actuales, véase el artículo de Moss, “Stumped”.

pidieran a su país qué es lo que podía hacer por ellos, sino que se preguntaran qué podían hacer ellos por su país”, prometió” agar cualquier precio, llevar cualquier carga, enfrentarse a toda dificultad, apoyar a todo amigo, oponerse a cualquier enemigo, para asegurar la supervivencia y el éxito de la libertad. “Cualquier precio” fue interpretado de distintas maneras, y trágicamente en algunos casos (véase Vietnam).

Cuando la misión “nacional” parecía tambalearse y flirteaba por derroteros reformistas durante la administración de Carter, en noviembre de 1979 (un cuarto de siglo exacto antes de la reelección de Bush), la profesora de Ciencias Políticas de la Universidad de Georgetown de Washington, Jean Kirkpatrick, publicó en la revista conservadora Commentary un ensayo repetidamente citado titulado “Dictaduras y doble rasero”, más tarde ampliado y convertido en libro. Tuvo la fortuna de fascinar a Ronald Reagan, ya en campaña contra Carter, al que Kirkpatrick básicamente acusaba de obsesionarse por la política de derechos humanos. El interés nacional residía en prestar la debida atención a una sutil, pero decisiva, diferencia entre los regímenes que eran “totalitarios” (sin remedio y por lo tanto merecedores de la doctrina Truman) y los “autoritarios” (redimibles, y por lo tanto susceptibles de ser aliados). Nada nuevo, pues era un eco del comentario de FD Roosevelt ante la advertencia de que Tacho Somoza era un “hijo de p.”: “pero es nuestro hijo de p.”

Desde la perspectiva española, Kirkpatrick llegaba tarde, a la vista de que la alianza con Franco fue un fiel reflejo de su policy paper, pero en realidad estaba pensando (de oídas, ya que no era una especialista en América Latina) en Centroamérica y en el Cono Sur. Los resultados, ya se sabe, fueron contundentes y lamentables para el recrudescimiento de las dictaduras latinoamericanas. Aparte de que le dio velas a los militares argentinos para creerse que Reagan rompería la sempiterna relación especial con Gran Bretaña y los apoyara en la alucinante operación de las Malvinas, respaldó a los militares centroamericanos en un baño de sangre que se pespunteó al año siguiente con el asesinato de Monseñor Oscar Romero y se culminó con la masacre de Ignacio Ellacuría y sus compañeros jesuitas en la Universidad Centroamericana de El Salvador, en noviembre de 1989.

En cualquier caso, por una combinación de la tenacidad de la doctrina Kennan-Truman, la incapacidad del sistema soviético, y la implacable presión de Reagan en la carrera de defensa, lo cierto es que la Unión Soviética se hundió. Los Estados Unidos se quedaron sin enemigo. Tras el “fin de la historia” (las ideologías) de Francis Fukuyama, esperando la llegada ominosa del choque de civilizaciones de Huntington, Clinton se dedicó a operaciones de paz y humanitarias, sin una estrategia global. Acusando a Clinton de inmiscuirse en la construcción de naciones, Rice publicó a principios de 2000 otro ensayo en Foreign Affairs, titulado “Promocionando el interés nacional”, dirigido a George W. Bush, en campaña frente a Gore, y lo embelesó.

El interés nacional, aducía la ahora Secretaria de Estado, no es lo mismo que el “interés humanitario” ni con los intereses de la “comunidad internacional”. Desdeñaba esta

política enraizada en el pensamiento de Wilson, del que se detectaban ecos en Clinton. En contraste, Rice señalaba al que luego la contrataría como consejera de Seguridad Nacional, que las instituciones y los acuerdos internacionales no deben ser un fin por sí mismos. El interés nacional de los Estados Unidos, que están en una “posición notable” y “en el lado justo de la historia”, es usar su poder militar (que no es un poder civil) para proyectarse en un mundo guiado por el crecimiento económico, el librecomercio y la estabilidad monetaria, aliarse con socios que compartan los valores norteamericanos, consolidar la relación con importantes poderes (Rusia y China), y enfrentarse a estados hostiles y díscolos.

Luego vino el 11 de Setiembre y la aventura de Irak. Rice completó su doctrina simplificadora con una innovadora recomendación: “castigar a Francia, ignorar a Alemania y... (releyendo a Kirkpatrick) perdonar a Rusia”. Sus declaraciones posteriores apuntarían hacia una corrección sutil de tesis tan contundentes, predicción que se vería confirmada por el esfuerzo notable de limar las asperezas con el presidente Jacques Chirac con motivo de la visita a Bruselas.

En cualquier caso, en los Estados Unidos a lo largo de la segunda mitad del anterior siglo, se toma al pie de la letra la promesa de Kennedy de “enfrentarse a cualquiera, pagar cualquier coste, aportar cualquier medio”, para defender la libertad atropellada o amenazada. De ahí su alianza con las más despreciables dictaduras de América Latina, sus pactos con Franco y Salazar, su pragmático apoyo a los militares turcos y griegos, el mirar hacia el otro lado ante las tropelías de los monarcas medievales árabes, y apoyarse en corruptos sectores del sudeste asiático.

Vietnam y el asesinato de Kennedy fueron la clave, la pérdida de la inocencia. La caza de brujas de MacCarthy precedió a la mentira y la corrupción del régimen de Nixon. Su vergonzante dimisión fueron un mazazo en la conciencia nacional, que no volvió a ser la misma, ni siquiera con la elección de Carter, humillado en Teherán. Con la llegada de Reagan a la Casa Blanca se sublimó la justificación de que en la lucha contra el “Imperio del Mal” (precedente del Eje del Mal descubierto por George W. Bush) todo valía. De ahí la entronización de la Doctrina Kirkpatrick. El final de la Guerra Fría fue de tanteo y solamente sirvió para que el pragmatismo fuera un tanto más descarado en el mandato de Bush padre que en el de Clinton.

Solamente faltó el ataque cobarde y criminal del 11 de setiembre para que la conciencia nacional quedara anonadada. Como España en 1898, la nación se quedó sin pulso. Luego quedó prendada por el paroxismo de la guerra contra Irak, como sustitutivo de la frustración por no poder capturar a Bin Laden. Pero el país se malogró, mucho antes. Hoy, a causa del trauma del 11 de Setiembre, resultan más obvias las consecuencias del deterioro anterior.

IV. CICLOS, MODOS Y TENDENCIAS DE LA POLÍTICA EXTERIOR.

1. El dilema entre idealismo y realismo

A lo largo de este trabajo se ha expresado la tesis, provisional y sujeta a numerosos matices correctores, de que el 11 de Septiembre no lo ha cambiado todo, o por lo menos no tan drásticamente como abogan los que, cobijados tras esta aseveración, tratan de justificar las acciones del gobierno norteamericano, y por lo tanto cimentar la bondad de las doctrinas que las sustentan. De momento, está por ver si los atentados y sus consecuencias (entre ellas, la reelección de Bush) conseguirán trocar irreversiblemente la sique de los Estados Unidos. En primer lugar, será aconsejable examinar si el drama ha modificado la visión norteamericana acerca de los aspectos básicos de la naturaleza humana. En segundo lugar, convendrá ver cómo se autopercibe el papel de la que ya está reconocida como la única superpotencia (o hiperpotencia, según la novedosa etiqueta plasmada por Hubert Védrine, ex ministro de Asuntos Exteriores de Francia) en administrar (o dominar) el nuevo desorden mundial, en parte generado por ella misma. De momento, la tarea urgente es más modesta. Se trata de administrar un Irak ocupado, después del desastre, en transición a una precaria democracia.

Curiosamente, en las mentes de los centros de decisión de los Estados Unidos competían, antes de la guerra y todavía lo hacen, dos tendencias que en realidad están de acuerdo y que responden a dos (aparentemente) divergentes doctrinas norteamericanas. Realistas (los que ahora dominan el escenario) e idealistas (en un “insilio” –exilio interior-- doloroso) están de acuerdo (aunque no lo admiten) en que el resto del planeta poco tiene que controlar en el futuro de la administración de Irak. Pero mientras los idealistas querían reimplantar una soberanía instantánea iraquí al final de las hostilidades, los realistas se vieron presidiendo (de buen grado, pero no lo confiesan) una larga ocupación y necesaria reeducación.

La primera tendencia es la que está plenamente reflejada en los textos fundacionales de los Estados Unidos que declaran que todos los hombres fueron creados iguales, que cada uno tiene derecho a la búsqueda de la felicidad, y que, mientras no se demuestre lo contrario, todo el mundo es inocente, incluso los extranjeros. A éstos se les hizo una temprana oferta para que vinieran a acogerse bajo la nueva nación, con la firme convicción de que la oportunidad y el trabajo obraría el milagro de trocarlos en provechosos ciudadanos.

En reverso, esta doctrina está firmemente cimentada en el celo de perfil puritano por el que, con convicciones wilsonianas o por la fuerza, si cabe, se pueden imponer los valores norteamericanos en cualquier parte del planeta. Curiosamente, los idealistas se sentirían más cómodos en un mundo hilvanado según los compromisos de la Unión Europea, donde la guerra es impensable y materialmente imposible. Aunque parezcan ser de Venus (según

Robert Kagan²²), en el fondo son discípulos de Schuman y Monnet. Significativamente, esta dimensión fue capturada por Bush en su discurso de toma de posesión de su segundo mandato.

Los realistas son paradójicamente a la vez desconfiados y creyentes. Están firmemente convencidos de la innata maldad humana en un mundo hobbesiano, y de la necesidad de la fuerza para imponer argumentos legítimos, pero creen a pie juntillas en la bondad innata de los valores de los Estados Unidos y en la necesidad del resto de la humanidad de adoptarlos, o por lo menos respetarlos. Son, en la aparentemente novedosa concepción de Kagan, de Marte, y así se comportan porque poseen la fuerza.

Idealistas y realistas están de acuerdo, por lo tanto, en la superioridad del “American Way of Life”, en la paz y en la guerra. Pero los idealistas tenían un esquema para la paz en Irak que choca con el planteado por los realistas. Ambos, en el fondo, preferirían que el resto del planeta no se entrometiera, y de ahí su desconfianza hacia la mayoría de los europeos, divididos u oportunistas. Pero, ambos puritanos, disienten tajantemente en cuanto a la celeridad con que quisieran ejecutar sus planes mentales.

Los idealistas querían casi en el momento del fin del régimen de Sadam Hussein que la administración del país recayera mágicamente en manos de los iraquíes que, en su inmensa mayoría, y mientras no se demuestre lo contrario, debían ser inocentes (en bloque y universalmente) de los males de su régimen. Curiosamente, detrás de esta ideología estaba una coalición formada por el Secretario de Estado Colin Powell y el propio presidente George W. Bush. Naturalmente, este discurso presidió la lógica de las elecciones iraquíes del 30 de enero de 2005.

Los realistas, calificados genéricamente como “halcones”, y como “realistas ofensivos” en la terminología académica, quienes han estado dominando el Departamento de Defensa desde las elecciones que encumbraron a Bush a la presidencia en 2000, y que han monopolizado casi todas las ramas de la administración desde el 12 de Setiembre, no han estado de acuerdo. En gran manera, han visto este plan con tanta desconfianza como la posibilidad de compartir el control político con los europeos y, peor todavía, con el entramado desprestigiado de la ONU. Además, hay que contar con las disputas acerca del uso de los ingresos del petróleo iraquí con destino a la reconstrucción, terreno espinoso abierto a litigación internacional.

Entre estos dos extremos se disputan todavía la precaria paz presidida por atentados y ataques civiles, cuando ni siquiera estaban de acuerdo acerca de cómo iba la guerra, y mucho menos cómo terminaría. Paradójicamente en su desacuerdo, formaron una coalición: los unos querían entregar rápidamente las riendas del país a los iraquíes supervivientes, mientras los otros no se fiaban de nadie (pero no lo admitían en público), pero no tenían

²² Véanse su popular artículo y subsecuente libro.

experiencia en gobernar un país en dudosa transición. La incógnita tras las elecciones es colosal, pero no cejan en su convicción.

Mientras tanto, los únicos debieron resolver las tareas diarias son los militares. Además de hacer el trabajo sucio de la guerra parecen quedar permanentemente a cargo del problema. La oficialidad norteamericana de momento se ha visto obligada a desempeñar el papel para el que innatamente dice no estar preparada: el de policía planetaria.

Lanzados a una guerra rápida diseñada por los políticos, los militares tienen la impresión de quedarse empantanados, obligados a administrar y mantener la precaria paz, dedicados a separar facciones en disputa y a protegerse de los acosos de la que ya está considerada como guerrilla organizada. Es una misión ante la que se han mostrado escépticos y reticentes. Los halcones, desconfiados de los europeos si les exigen compartir la autoridad, pueden dejar a los militares norteamericanos (de momento, a través de oficiales militares jubilados) en solitario, cuando reparen que devolver la plena soberanía a los iraquíes es una utopía. Idealistas y realistas se encontrarán paradójicamente en frustrante buena compañía.

Paradójicamente, mientras que el discurso oficial ofrecía la aplicación de un instantáneo Plan Marshall de ayuda económica y reconstrucción (curiosamente recordado ahora en Europa con mal disimulada admiración, incluso en círculos de la izquierda), arropado por un idealismo en la mejor tradición wilsoniana, de momento la actuación quedaba reducida a un (para decirlo en un efectivo juego de palabras en inglés) “Martial Plan”.

2. Ciclos de la política exterior

Según parece, cada cuarenta o cincuenta años los Estados Unidos experimentan una angustia existencial en busca de su ubicación en el mundo. Al final de ese ejercicio, su posición en política exterior parece permanecer con ciertos visos de estabilidad²³.

Para los propósitos de nuestro análisis, siguiendo el canon más aceptablemente compartido, la política exterior de los Estados Unidos se podría dividir en unos grandes períodos desde el asentamiento de su independencia a principios del siglo XIX. El primero sería relativamente corto y comprendería desde la independencia en 1776 hasta la declaración de la Doctrina de Monroe en 1823. El segundo sería más largo, estaría presidido por un acomodo cauto al dominio comercial y político de Gran Bretaña, y se extendería hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914, que haría obvio el principio del predominio de los Estados Unidos, perfectamente intuido por los latinoamericanos, y sufrido por España en el 98. Esta gran etapa estaría a su vez afectada por la experiencia de la Guerra Civil, y estaría tocada por lo que se llama la actitud de base

²³ Para una revisión de esta evolución, véase el libro de Walter Russell Mead.

populista e intuitiva que aparentemente descuella y domina el panorama actual, que explicaremos más adelante.

La siguiente gran etapa de la estrategia exterior de Washington en los dos primeros siglos de la historia de la actual única superpotencia duraría hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, y más precisamente hasta la declaración de la Doctrina Truman en 1947 que inauguró oficialmente la Guerra Fría. Todavía los especialistas y observadores no se ponen de acuerdo acerca de la validez de una existencia de una quinta etapa posterior dedicada a la post Guerra Fría, pero el consenso es que desde la desintegración de la Unión Soviética el entramado de la política exterior de los Estados Unidos entró en un ciclo diferente que para unos terminaría el 11 de setiembre de 2001, con los ataques terroristas en Manhattan y Washington. En cualquier caso, nos hallamos ahora, por lo tanto, apenas en el alba de la era de la política exterior norteamericana que, según las indagaciones más creíbles, se plasmó precisamente al terminar la Guerra Fría, pero solamente se puso en práctica con la llegada de George W. Bush al poder y, más exactamente como resultado de los atentados del 11 de setiembre.

A riesgo, nuevamente, de caer en otro tópico, lo cierto es que los expertos y la opinión pública claman que nada es igual desde los ataques de Al Queda aquella fatídica y soleada mañana de setiembre. Por lo tanto, convendrá prestar atención a la larga época anterior al final de la Guerra Fría para captar el perfil histórico de la política exterior de los Estados Unidos y ver luego si contrasta con las líneas actuales.

A grandes rasgos, corriendo nuevamente un nuevo riesgo, esta vez de simplificación, se cree que la estrategia exterior de los Estados Unidos nace de un principio de tendencia aislacionista y desemboca en una inclinación a la intervención. Lo cierto es que la primera tentación siempre está presente y responde a unos condicionantes sociológicos fundacionales, basados en la desconfianza hacia los orígenes europeos, la herencia que se rechaza, y a la convicción de la superioridad de la nueva vida optada, y por lo tanto de la inclinación a prescindir de aventuras externas. De ahí que, paradójicamente, el unilateralismo actual, del que se acusa a los Estados Unidos de forma unánime, tiene una raíz anclada en el rechazo original del intervencionismo. Se trata de una aversión a quedar comprometido en alianzas complejas y colectivas.

Paradójicamente, lo que se podría considerar como la América “profunda” (no necesariamente en el sentido cultural del “sur profundo” (“Deep South”), que tiene como base un concepto de identidad cultural) es esencialmente aislacionista, como reflejo automático a los orígenes europeos, de los que se desconfía por retrógrados, intolerantes, contrarios al progreso que solamente se puede sublimar en el Nuevo Continente. Común a la mayoría de los países del continente americano, sobretodo los que han cimentado su nacionalidad de opción mediante la inmigración, la conciencia nacional viene aquejada de

una especie de esquizofrenia que consiste en tener una personalidad doblada²⁴. Curiosamente, es un síntoma similar al que sufren una serie de países, algunos de ellos clave para la estabilidad mundial, que estarían traumatizados o divididos en sus inclinaciones geopolíticas y culturales según la terminología de Huntington²⁵, en un capítulo menos conocido que el dedicado al choque de civilizaciones. Turquía sería el caso más claro en nuestro inmediato entorno, y México es más obvio en el contexto americano.

Por un lado, una parte de la conciencia considera que la vida americana es un castigo para los que esencialmente son europeos, o aquí vinieron obligados por energías y abusos europeos (esclavitud, conquista, hambre), y por lo tanto, se adjura de la vida en el nuevo continente, sintiendo nostalgia del pasado. De ahí que este sentimiento impele a la intervención hacia el exterior. Por otro, la segunda mitad considera que la vida americana es el ideal, y de ahí el rechazo de lo exterior, o sea, que genera aislacionismo²⁶.

Vista desde ese punto de vista, la evolución de la política exterior de los Estados Unidos está presidida por un constante movimiento pendular entre aislamiento e intervencionismo, entre unilateralismo y multilateralismo. Desde una perspectiva española y latinoamericana, pareciera que el intervencionismo ha sido la norma, desde la guerra contra México en la que se arrebató dos ciertos del territorio hasta la represalia por el hundimiento del Maine y la toma de Panamá. Fue la sublimación de la doctrina del Destino Manifiesto, con el antecedente de la Doctrina de Monroe, paradójicamente de base aislacionista.

Esta evidente proclividad al intervencionismo y al unilateralismo sería corregida por el favoritismo del multilateralismo propio de Woodrow Wilson y luego por el aislacionismo impuesto por el Congreso, que le abofeteó en su esfuerzo internacionalista al rechazar su proyecto de la Sociedad de Naciones. Esta ausencia, al impedir el protagonismo de la ya entonces importante potencia, lastró el experimento de equilibrio mundial y facilitó el ascenso de las ideologías fascistas en la Europa de entreguerras. El letargo aislacionista en los Estados Unidos terminó de repente con el ataque japonés a Pearl Harbor y el multilateralismo presidirá el regreso contundente de los Estados Unidos a la escena global en la Segunda Guerra Mundial, doctrina que se extendería hasta la Guerra de Corea, y fenecería en Vietnam. Una melancolía de aislamiento sería el resultado tras el desastre, pero el unilateralismo seguiría incólume en la lucha contra la Unión Soviética.

Con la desaparición del enemigo pareció que la oscilación de las preferencias se inclinarían al aislamiento, pero la aventura de Kuwait revivió la vigencia del

²⁴ Es el mensaje central de un libro clásico, todavía no superado, del pensamiento latinoamericano de identidad nacional: El pecado original de América, del ensayista argentino H.A. Murena.

²⁵ Véase su clásico texto, The Clash of Civilizations.

²⁶ Este sentimiento se convirtió en columna central de las actitudes de Archie Bunker, el protagonista de la serie televisiva muy popular en los años 60 y 70, estereotipo de la clase media-baja, cuyas opiniones contrastaban con las de su yerno, pacifista, liberal, idealista, abierto a otras culturas.

multilateralismo. Pero, al “final de la historia”, en lo que para algunos debió ser una demasiado larga era de Clinton, dominada por la doctrina de la “ampliación” (enlargement) de la democracia (según la consigna aparentemente diseñada por el asesor de seguridad nacional Anthony Lake, se agazapaba la nueva y revolucionaria doctrina que seguridad nacional que poco tenía que ver con el anterior consistente en la combinación de la contención y la disuasión²⁷. Nada tiene de extraño, por lo tanto, que Bush cooptara esta idea y la incorporara, en un nivel obsesivo, en su discurso de toma de posesión de su segundo mandato. Curiosamente, Anthony Lake, luego profesor de Georgetown University, pasó a engrosar las filas críticas.

3. Modos y tendencias

En la complejidad de una nacionalidad sin ideologías, que de forma significativa (para los observadores precavidos y paradójica para los inexpertos) es a su vez una ideología, el perfil de la política exterior de los Estados Unidos adquiere una necesaria consistencia mayor si al análisis de sus grandes ciclos y a la oscilación entre dos inclinaciones hacia el aislamiento y el intervencionismo, se unen otros prismas de observación. Conviene por lo tanto, añadir la consideración de lo que podríamos llamar “modalidades” o “tendencias”, que no estarían ancladas firmemente en una época concreta, ni tampoco se podrían identificar ni con un partido ni con una personalidad monopolizadora, aunque sí se recomienda etiquetarlas con una figura presidencial representativa.

Publicado, primero como artículo y luego como libro, anteriormente al estallido de la crisis del 11 de Setiembre y predecesor también del exitoso ensayo de Robert Kagan, el esquema ofrecido por Walter Russell Mead, comentarista destacado de Foreign Affairs, resulta paradójicamente esclarecedor precisamente ahora cuando más se necesita el análisis que evita los extremismos, las descalificaciones y la contundencia de los argumentos ideológicos²⁸. En lugar de sopesar las dimensiones de la política exterior norteamericana según el cumplimiento de ciclos históricos o la alternancia de posiciones dominantes, Mead opta por el dibujo simultáneo de diversas modalidades que coexisten y colectivamente contribuyen a dar vida a las líneas maestras de la actuación exterior de la superpotencia. Anclándolas en las personalidades de cuatro presidentes norteamericanos, el autor selecciona cuatro “escuelas” fundamentales: hamiltoniana, jeffersoniana, wilsoniana, y jacksoniana. Paradójicamente para los observadores europeos, la última pareciera ser la menos fácil de identificar con un presidente, ya Andrew Jackson no es tan conocido como Hamilton, Jefferson o Wilson. Significativamente, es la tendencia que parece ser más aplicable para entender algunos de los perfiles fundamentales de la política de George W. Bush.

²⁷ Para referencias a las grandes doctrinas: <http://www.whitehouse.gov/response/faq-what.es.html>

²⁸ Véase el artículo original titulado “The Jacksonian Tradition” The National Interest, Winter 1999/2000, pp. 1-25; ampliado luego como libro bajo el título de Special Providence: American Foreign Policy and How it Changed the World. NY: Twentieth Century Fund, 2001.

Los hamiltonianos abogan por la protección de la empresa norteamericana en los mercados interiores y exteriores, para lo cual requieren la cooperación de los gobiernos. Desde el siglo XIX favorecen la cooperación con Gran Bretaña, en lugar de competir con ella, y menos caer en las tentaciones de enfrentamientos.

Los wilsonianos se sienten impelidos por unos principios legales y, sobretodo, morales que desean ver esparcidos por mundo, no solamente catapultados por un sincero altruismo misionero sino también porque de esa manera creen proteger mejor los intereses norteamericanos. Son lo que en el continente americano se empeñaron en obligar a los que consideraban como subdesarrollados vecinos a elegir “buenos hombres.” Es la justificación de las ocupaciones de Haití, Cuba y otros países en la primera parte del siglo XX. Esta tendencia no es monolítica y encuadra a los que apuntan a ejecutar esquemas de altos vuelos y grandeza, y los que prefieren concentrarse en temáticas más concretas. Los wilsonianos a la derecha consideran que el resto del mundo es el que debe reformarse, sin que eso sea necesario en el interior; los wilsonianos radicales consideran que la doctrina debe aplicarse por doquier. En el fondo ambas variantes están de acuerdo en que la existencia de democracias en el resto del mundo es en el mejor interés nacional de los Estados Unidos.

En contraste con los wilsonianos, los jeffersonianos priman la preservación de la democracia americana en el escenario más amplio del mundo exterior. Se les antoja peligroso y confuso, y por lo tanto no se sienten inclinados a imponer los valores propios en el exterior.

Estas modalidades, en los Estados Unidos de George W. Bush, están presentes en notables dosis inspiradoras de las doctrinas imperantes. Sin embargo, se perciben desplazadas por una cuarta manera competidora y menos conocida en la literatura teórica: los jacksonianos.

4. La era jacksoniana

Los sectores que componen las filas fluidas y diversas de la tendencia jacksoniana se basan en intuiciones populistas. Son desdeñosas del pensamiento de una élite. Esta modalidad es la dominante en la actualidad en la Casa Blanca y el Departamento de Defensa, pero se duda de que se trate en realidad de una ideología.

Los jacksonianos consideran las ideologías como un entramado mental que se les antoja como demasiado teórico y más propio de especialistas e intelectuales escondidos en torres de marfil (aunque la mayoría de los responsables hayan pasado por puestos de influencia en el mundo académico). Su manera de estar en la vida es producto de un instinto. Su patriotismo no es en realidad una doctrina, sino una emoción, más en la línea del amor en la familia que producto de una decisión consciente.

Si se puede aceptar que ejercen un nacionalismo, se diría que es la actitud más cercana a la variante “étnica”, cultural, “alemana”, como opuesta al nacionalismo cívico, político, “francés”, o genuinamente “americano”. Más que ser americanos de opción, sienten que lo son de herencia, aunque diariamente demuestran que cumplen con su obligación de aceptar afirmativamente el reto de Renan y su referéndum diario. En gran medida, están reflejadas en el nuevo libro de Huntington.

Son más protestantes que católicos. Hoy son más urbanos que en su origen fueron rurales y se asientan en la clase media y baja, más que en las acomodadas. Son típicamente blancos, aunque numerosos negros se adhieren a su pensamiento.

Paradójicamente, no están imbuidos de un sentimiento de superioridad, ni tampoco tienen grandes esperanzas de perfectibilidad, ni creen que la utopía será una realidad en sus vidas. De ahí que estén más dispuestos a respaldar acciones militares costosas, no solamente desde el punto de vista económico, sino también en el peaje de vidas humanas, ya que son esencialmente pesimistas en cuanto se refiere a la corrección del mundo como está. De todas maneras, creen que no habrá una paz duradera. De ahí que sea preferible sobrevivir en la guerra, ya que ésta no desaparecerá de la faz del planeta.

Basan su conducta en reglas de honor (más por un apretón de manos que por tratados), independencia de criterio, valentía personal, y desmesurado orgullo militar. Son esencialmente machistas, sinceros, y están dispuestos a usar la fuerza hasta sus últimas consecuencias cuando las circunstancias de provocación lo aconsejan. Son tan realistas como los pertenecientes a las demás tendencias, incluso los wilsonianos. Naturalmente, no tienen muchas esperanzas en el mejoramiento de las conductas de otras culturas, aunque preferirían que adoptaran lo básico del “American way of life”.

Más que moralistas, guían sus decisiones en política exterior según se perciban como amenazas frontales contra aspectos concretos de la soberanía nacional o los intereses empíricamente constatables, como el hundimiento del Maine, el ataque a Pearl Harbor, la invasión de Irak que provocaría el corte del suministro de petróleo, o en el caso de Afganistán o Irak por la afrenta de la Torres Gemelas y el Pentágono. De ahí que, en lugar de esperar milagros de la negociación ejercida a través de redes internacionales, aboguen por optar en la elección de la coalición voluntaria, mediante acciones preventivas, son solamente para castigar a los que se perciben como agresores o inspiradores, sino simplemente “por si acaso”.

John Wayne, Ronald Reagan, Theodore Roosevelt y, naturalmente, el Archie Bunker del “show” televisivo “All in the Family” de los años 60 y 70, serían sus más fieles representantes en el pasado. Pero esto no quiere decir que este sentimiento jacksoniano no esté ausente como inspirador de las estrategias de otros presidentes. Resulta curioso que la médula de los mensajes de John F. Kennedy, del que se creería que respondía al perfil wilsoniano, fue esencialmente jacksoniana. Cuando solicitó la adhesión de sus

compatriotas, al conminarles a que no preguntaran “lo que América pudiera hacer por ellos”, sino “qué podrían hacer por América”, respondía al instinto jacksoniano. Cuando, urbi el orbi, advirtió que en la lucha contra los enemigos de la democracia pondría a su alcance todos los medios, asumir toda carga, y enfrentarse a cualquiera, era esencialmente jacksoniano.

5. La “ideología” de Bush

Hoy, resulta obvio, George W. Bush se inspira la tendencia jacksoniana y en parte gracias a ella fue reelegido. Aunque las cuatro variantes coexisten en diversas épocas, resulta obvio que la última es la dominante en estos momentos, sobretudo en el esquema mental de Bush, aunque algunos de sus asesores y colaboradores estén (o han estado) inspirados por alguna vertiente de las otras modalidades (sobretudo la wilsoniana en la estrategia de Powell y quizá la hamiltoniana en las motivaciones empresariales en otros de sus colaboradores, como el del caso del vicepresidente Cheney). Por ejemplo, al combinar el análisis de las diversas expresiones de esta doctrina dominante (el documento de Seguridad Nacional, las expresiones explícitas de la asesora de Seguridad Nacional Condolezza Rice, luego encumbrada a Secretaria de Estado, y los antecedentes de los responsables del Departamento de Defensa), algunos ejes esenciales descuellan.

En suma, se prima el unilateralismo, mejor que el multilateralismo. Se apuesta por los intereses nacionales sobre los de la llamada “comunidad internacional”, con lo que se rechazan una serie de compromisos multilaterales. En consecuencia, se tiene un profundo desdén por las Naciones Unidas, al menos en el formato actual.

Paralelamente, se expresa un compromiso en la aceleración del refuerzo de los vínculos con el resto del mundo, pero solamente mediante dos grandes líneas estratégicas: la militar y la comercial, a través de zonas de libre comercio que beneficien a los EU. Por lo tanto, se profesa una aversión a los sistemas de integración institucionalizados, con entes comunes autónomos, tribunales de justicia con jurisdicción supranacional. En consecuencia, se prefiere respaldar por medios militares la defensa del interés nacional, como alternativa a la negociación internacional.

Al no sentir comodidad de implicarse en complicadas redes de cooperación internacional, se prefiere la alianza con aliados concretos que, en la coyuntura actual, parecen inclinarse por los mismos intereses (Rusia, China). Pero al mismo tiempo, en sentido pragmático se aboga por la participación en esquemas multinacionales que sirvan de apoyo a los intereses descritos anteriormente, como la OMC, el ALCA o incluso la OTAN.

Identificándolos como los nuevos enemigos, se individualizan los ataques contra los regímenes “matones” y los estados hostiles que impliquen ayuda o refugio a los terroristas. Con una pasión de tipo wilsoniano, se prefiere un mundo regido por los valores que se

consideran como esenciales norteamericanos, y de aplicación universal. En suma, no hay alternativas paralelas, sino una distinción cristalina entre el bien y el mal. Esta distinción se eleva a la categoría de dogma con lenguaje religioso, impelido por una obligación de tintes mesiánicos.

En relación con una política contra el terrorismo, se propone no hacer concesiones ni llegar a acuerdos con los terroristas. Ultimamente, llevar a los terroristas ante la justicia por sus crímenes, aislar y presionar a los países que amparen el terrorismo para forzarlos a cambiar de comportamiento; reforzar la capacidad de luchar contra el terrorismo de aquellos países que cooperen con los Estados Unidos y requieran de asistencia.

V. PRESENTE FUTURO DE LAS RELACIONES TRANSATLÁNTICAS

1. Pautas y diagnóstico

Con respecto a las relaciones con Europa, las declaraciones públicas (que explícitamente no reconocen su origen jacksoniano) contrastan con la conducta práctica. Por ejemplo, en la Casa Blanca se expresa constantemente la necesidad de reforzar la relación transatlántica, pero se sabe que está sujeta a ciertos términos y condiciones.

Los discursos oficiales, sin embargo, adolecen de una ausencia de mención explícita del papel de la Unión Europea, una organización que se les antoja con perfiles bizantinos, cuya complejidad en el fondo irrita a los observadores norteamericanos de diversas inclinaciones ideológicas. Perteneciente al wilsonianismo pragmático, la ex Secretaria de Estado Madeleine Albright terminó una jornada de arduas negociaciones con los representantes de Bruselas advirtiéndoles que para entender a la UE uno debía ser “francés o muy inteligente, o ambas cualidades a la vez.” Mientras tanto, las declaraciones y acciones mandan señales inequívocas de la vieja táctica del “divide y vencerás”, rompiendo la UE, esta vez bajo críticas doctrinas como “desagregación”. Todavía, a pesar del desprestigio de Rumsfeld (quien en la reciente conferencia sobre seguridad celebrada en Munich quiso dejar atrás la polémica) se prefiere la llamada “nueva” Europa, en lugar de la sospechosa “vieja”. Bajo la cobertura de reforzar su progreso, sobretodo primando la ampliación a toda costa, incluso haciendo campaña para la inclusión de Turquía, y reduciendo la naturaleza de la UE al mismo perfil de la OTAN.

Los estereotipos poseen una vertiente débil y una fuerte. Son arma de doble filo. En primer lugar, se basan en una intuición ampliada con exageración, posiblemente sujeta a error de percepción. En segundo lugar, siempre tienen un mínimo anclaje en la realidad, de lo contrario no sobrevivirían el paso del tiempo. La relación entre los Estados Unidos y Europa ha estado, y más ahora, contaminada por el estereotipo, reforzado constantemente

por la lamentable falta de conocimiento mutuo y por los errores de cálculo de ambas partes. Pero el estereotipo tiene unos ingredientes incontestables y certeros si se procede al esfuerzo de analizar la esencia de ambas civilizaciones o las dos variantes de la misma civilización, si se quiere.

Lo cierto es que la imagen de los Estados Unidos en Europa ha sido dañada a causa de lo que se percibe como errática política exterior, sobretodo con respecto a la guerra de Irak (con una especial dosis de culpa para la percepción del presidente Bush²⁹). Esta imagen se ha nutrido y se ha consolidado en dos grandes familias de percepción de los Estados Unidos en la imaginaria europea. Una es la tradicional oposición a los Estados Unidos en la sique de los movimientos de una amplia gama de inclinación hacia la izquierda³⁰; la otra es, paradójicamente, presente en los sectores conservadores que van de los nostálgicos españoles por las afrentas sufridas ante los norteamericanos en 1898 en Cuba, hasta los gaullistas franceses. En Francia precisamente se han generado los más interesantes ejemplos no solamente de un anti-americanismo visceral, sino de todo lo contrario, en lo que se ha dado en llamar hiperbólicamente “anti-anti-americanismo”³¹.

En este contexto, algunos protagonistas de la política exterior norteamericana, y numerosos líderes de opinión, no se sienten aludidos por esta nueva ola de antiamericanismo y desdeñan no solamente las protestas en las calles o en los medios de comunicación europeos, sino también las críticas ecuanímes y ponderadas. No son excepción los comentaristas que también consideran tan peligroso el llamado “anti-americanismo light” (que no pretende destruir los Estados Unidos, sino simplemente acosarlo verbalmente), como la tendencia en los Estados Unidos a ningunearlo y pretende que no tiene impacto. Sería ésta la actitud expresada por el propio George Bush, Sr., al indicar que la política exterior de los Estados Unidos no puede estar sujeta a las manifestaciones en las calles de... Barcelona, al referirse desde Buenos Aires, donde estaba dando conferencias a las espectaculares manifestaciones anti-guerra que tuvieron lugar a principios de año en la capital catalana. Serían también ejemplo de “anti-americanismo light” los libros y publicaciones diversas que cuestionan la versión oficial de los atentados y cuestionan, por ejemplo, que el Pentágono fue impactado por un redactor pilotado por los terroristas suicidas, o el aparato que se estrelló en las llanuras de Pensilvania fue en realidad derribado por cazas de la Fuerza Aérea³².

²⁹ Véanse los análisis de Noya.

³⁰ Como ejemplo de un análisis innovador, véase el libro de Revel.

³¹ Véanse en esta línea los trabajos sintomáticos de Revel y Roger, además del estudio de Mélandri y Vaisse sobre el estado de las relaciones exteriores de los Estados Unidos anteriormente al 11 de setiembre. Se recomienda la lectura de los comentarios-reseñas de Hoffman (“Pensées”) y Mead. (“Why do they hate us?”), además de los trabajos de Astier, Hollander, Rubin, y el comentario de The Economist, y las recomendaciones de Van Ham.

³² Véase en esta línea el libro de Pilar Urbano, y la advertencia de Moisés Naim.

Quizá para proporcionar el necesario equilibrio y contribuir a buscar un mínimo entendimiento, numerosos analistas norteamericanos de diversas inclinaciones ideológicas están visiblemente alarmados. Consideran que la brecha entre Europa y América se puede consolidar como una norma de serias consecuencias para la supervivencia pacífica de los Estados Unidos no solamente en el mundo en general, pero muy especialmente en el contexto europeo, que se debe considerar como su hábitat natural, por su afinidad cultural y larga historia compartida³³.

En este conflictivo escenario, tres aspectos básicos conviene ser tenidos en cuenta si pretendemos lograr un diagnóstico mínimamente adecuado de relación transatlántica. En primer lugar, es un hecho que hay un interés en el liderazgo de ambas partes por minimizar los desacuerdos, ya que es en propio y mutuo beneficio conservar la coalición natural que ha estado formada a ambas orillas del Atlántico. En segundo término, hay que aceptar que los desacuerdos no son simplemente superficiales o coyunturales y que tienen unas firmes raíces en unos conceptos diferentes y esencialmente contrapuestos de estar en mundo³⁴. El tercer término, que en ambos casos los frentes no son monolíticos y que, de momento solamente en el bando europeo, la división interna resulta obvia.

De la misma manera que resulta obvio no poder hablar en rigor de “Europa”, a la vista del divorcio existente en su liderazgo acerca de cómo tratar con los Estados Unidos, conviene no perder de vista que la sique política de los Estados Unidos no está solamente representada por los actuales dirigentes. También responde a otras miras que, de momento, se encuentran en minoría y aparentemente sin recursos de respuesta, aunque se expresan frecuentemente no solamente en las páginas de los diarios de mayor circulación, sino también desde los dictámenes y estudios de los centros de reflexión, no limitados a los más escorados hacia el liberalismo³⁵.

Los Estados Unidos fueron fundados, y han estado sostenidos hasta ahora, por una idea central de no querer ser Europa, el origen de donde surgieron. La idea de América es fundamentalmente parricida. Trata de capturar la herencia grecorromana, occidental, británica, y monopolizarla para forjar una identidad que sea la sublimación de una utopía genuinamente europea. De momento, ahora, la conciencia norteamericana dominante es despectiva y desdeñosa de lo que percibe como carácter europeo, y opta por la acción doble de prescindir de las reticencias de una Europa que se percibe entre hostil y pusilánime.

Después de un largo aprendizaje en encajar los errores propios, Europa se enfrenta a una angustiada definición de su identidad. Ante la dificultad de fijar sus fronteras, no solamente de perfil aduanero, sino mental y cultural, puede optar, por una parte, por fijar

³³ Véanse el diagnóstico y las recomendaciones de Vam Ham.

³⁴ Como ejemplos de densos análisis acerca del desacuerdo entre los Estados Unidos y Europa, producidos a ambas orillas del Atlántico, véanse los de Burghardt, Chalmers, Isbell, Kennedy, Lambert, Moisi, Moravsik, y Voigt.

³⁵ Como ejemplo, véase la Declaración de Albricht, et al.

los límites hacia el oeste, explicitando el deseo de no ser los Estados Unidos. Pero esta voluntad no es monolítica. Aparentemente responde a un sentimiento populista e intuitivo, y compite con la decidida estrategia de una parte del liderazgo que considera que el futuro no está en la profundización de unas estructuras y esquemas europeos, sino en una alianza sólida, cuando no una supeditación con la única superpotencia.

Curiosamente, las circunstancias actuales se asemejan notablemente a las que se enfrentaban numerosos líderes e intelectuales latinoamericanos ya entrada la segunda mitad del siglo XIX, cuando se encaraban a la búsqueda urgente de la identidad nacional y continental ante el ascenso imparable de los Estados Unidos después de haberse apropiado de más de la mitad del territorio de México. Domingo Faustino Sarmiento, que luego sería presidente de la Argentina, después de haber invertido una buena parte de su vida en luchar contra la dictadura populista de Rosas y haber acuñado una de las más diáfanas opciones políticas entre la tentación de la barbarie (Rosas, la colonia, el gaucho, el subdesarrollo) y la civilización (la cultura, la ciudad, la Europa moderna), conminó a sus compatriotas con una consigna no siempre bien interpretada. “No detengamos a los Estados Unidos en su marcha”, dijo. “Seamos los Estados Unidos, como las aguas de los ríos desembocan en la mar.” Ante lo que se les antoja como ambivalencia y errática conducta al enfrentarse a la amenaza de la moderna barbarie (el terrorismo), Blair, Aznar y sus aliados, parecen decir algo semejante, sin que apenas consigan la comprensión de los escépticos y muchos menos de sus contrincantes. El problema es que detrás de lo que pareciera ser una polémica provisional se esconde un concepto más profundo de cómo estar en el mundo.

Ambos bandos europeos parecen haber elegido para fácilmente lograr una definición de Europa, la identificación con los Estados Unidos (al menos en lo que atañe a la amenaza terrorista) o, por el contrario, el desmarque decidido de la estrategia, la ideología internacional, o simplemente la hoja de ruta con respecto a Irak adoptadas por George W. Bush.

La brecha, por lo tanto, no es tan preocupante si nos atenemos al desacuerdo entre europeos y americanos, sino entre los propios europeos, porque se ha conseguido zapar el consenso establecido hace medio siglo por el liderazgo elitista de lo que ahora desdeñosamente Rumsfeld llama la “vieja” Europa. Es exactamente la “ideología” que Kagan considera que domina la conciencia europea y que él ingeniosamente atribuye como procedente de Venus, cuando en realidad se trata simplemente de una idea nuclear de Jean Monnet vendida eficazmente a Schuman y los padres fundadores de la Unión Europea.

Esta situación es grave porque apunta a la yugular de la única Europa innovadora que se presentaba como un modelo alternativo a los excesos y los errores históricos que fueron precisamente la causa primordial de la fundación de los Estados Unidos por precisamente los predecesores de los que ahora se oponen a ella. Al haber huido de aquella rigurosamente “vieja Europa” de la intolerancia, el autoritarismo, el racismo, el ultranacionalismo, y todos los males que desembocaron el casi suicidio de 1939 a 1945, los

padres fundadores de los Estados Unidos optaron por una alternativa que paradójicamente, con el paso del tiempo, se enfrenta al modelo nacido en 1950, con lo que siembra ahora la duda y la división en la Europa en puertas de la ampliación.

Para decirlo con unas miras hamiltonianas, si al final de los inciertos años veinte un predecesor de Bush dijo que lo que era bueno para General Motors era bueno para América, hoy aparentemente el liderazgo actual de los Estados Unidos parece aducir que lo que es bueno para la UE no es bueno para Washington. Lo más grave de la situación es que desde la mira de la “vieja Europa” se considera que lo que es malo para Washington (el terrorismo) no es necesariamente malo para la EU, al menos en la concepción y condiciones con que se presenta. Es ésta una posición tan peligrosa y dañina como la opuesta. No benefician más que a los enemigos obvios y declarados de ambas: el fundamentalismo y el terrorismo internacional y nacionalista, que se nutren de la desigualdad, la ignorancia, y la intolerancia.

2. La reelección de Bush

La campaña para la presidencia de los Estados Unidos (además de la renovación del Congreso y la parcial del Senado) ya revelaba un contraste en la óptica con que se observaba el proceso desde el exterior y las propias claves interiores. Lógicamente, desde Europa y América Latina se observaba el inminente desenlace con aprehensión y anhelo, según las inclinaciones particulares, con el enfoque sobre las consecuencias que la decisión del electorado norteamericano tendría en el contexto internacional, y más especialmente. Se olvidaba que, si bien las consecuencias del 11 de Setiembre presidían el ambiente, los comicios fueron decididos por la agenda interior, o al menos por la lectura local de la conducta de Bush en la escena global. Tras el triunfo de Bush, se trata de ajustar las expectativas de cada uno de los sectores del exterior a las intenciones y las necesidades del gobierno norteamericano.

Teniendo en cuenta que una mayoría abrumadora de gobiernos y ciudadanos del globo evaluaban negativamente la actuación anterior de Bush³⁶ y por lo tanto apostaban (los ciudadanos, según encuestas; y los gobiernos, con sordina) por el candidato demócrata, John Kerry, se diría que el triunfo del presidente debió ser encajado como una derrota. Alternativamente, los dirigentes que habían apoyado incondicionalmente al presidente norteamericano en su agenda exterior, especialmente la operación en Irak, se sintieron explícitamente justificados, y algunos (ahora fuera del poder) reivindicados.

Paradójicamente, haber retenido el apoyo y haberse mostrado críticos no debiera confundirse con el apoyo interior recibido por Bush, que a la postre seguirá ejerciendo su presión en lo que respecta a la capacidad del presidente para actuar en el exterior. A mediano plazo, cada uno de los dirigentes, tanto los que apoyaron a Bush como los que se

³⁶ Véase nuestro análisis (Elcano)

opusieron, podrán ejercer una presión y actuar con correspondiente autonomía según sus propias convicciones (ideología) y sus peculiares circunstancias (política interna). En este sentido, paradójicamente los que aparentemente perdieron su apuesta con la reelección de quien con tanta energía confrontaron y cuestionaron, pueden con posterioridad encontrarse en una posición de fuerza al sentirse solicitados de unos recursos económicos, pero también políticos y moderadamente militares, que escasearán en el capital limitado con que Bush debe administrar el mandato concedido por los electores. A su vez, los dirigentes que lo apoyaron y todavía se sienten satisfechos pueden ver erosionada su posición a medida que aumenten las dificultades.

Comparativamente, sin embargo, los europeos y los latinoamericanos no cuentan con las mismas bazas. Si Europa puede jugar la carta de su poder económico y la legitimación de su apoyo, en una manera nueva de “soft” power, América Latina no cuenta ni con medios ni con influencia. Ni siquiera algunos países más cercanos a la más inmediata vecindad de los Estados Unidos pueden ejercer el descarado chantaje de antaño, bajo la amenaza de convertirse en una “segunda Cuba”. Tampoco es mucho lo que pueden aportar los dirigentes que apoyaron a Bush, y continuarán haciéndolo.

La dimensión decisiva de la reelección de Bush ha sido la ideología. Francis Fukuyama se equivocó en su diagnóstico. Decretando “el fin de la historia”, abofeteaba a los ilusos que se habían movido en el siglo que fenecía gracias a los vientos de los movimientos ideológicos. El triunfo de la democracia liberal significaba el fin de la utopía. Sería, en fin, un mundo feliz, sin ideologías.

Pero, tozudamente acechaba el fantasma de la tesis del enfrentamiento de “civilizaciones”. Huntington no reparaba en que en realidad era un choque entre ideologías, diferentes a las del siglo anterior. También ocultaba que un contrincante formidable seguía en hibernación en el seno de la sociedad norteamericana. Sería el pensamiento que alimentaría a los asesores de Bush, resentidos del largo invierno bajo Clinton, llegada su oportunidad de oro con el 11 de Setiembre.

Mientras, los demócratas no conseguían coagular los ingredientes para enfrentarse a la autodefensa con que la América profunda, rural y sureña se había equipado. Paradójicamente, las propuestas y experimentos que los votantes demócratas habían endosado, como señas de identidad diferenciadoras del mensaje republicano y conservador, se convertían en un letal boomerang cuando eran recibidos en las praderas del Medio Oeste, las aldeas del sur de William Faulkner y las ciudades aburridas que no pueden compararse con Nueva York o Boston, Los Angeles o San Francisco.

Los “valores” se habían convertido en la coraza de ese 51%-52% que votó a Bush. El resultado de la elección es sencillamente la diferencia entre la consolidación de una ideología que tiene sus raíces hondamente instaladas y otra que no ha conseguido su idóneo perfil. Ante la incertidumbre presentada por el 11 de Setiembre y la perplejidad por casi

todo lo que es lejano y distante, los naturales votantes de Bush han sido inexorablemente incrementados por los que Nixon llamó la “mayoría silenciosa”. Osama Ben Laden y los avances verdaderamente osados de la agenda demócrata, cuando no lo que se perciben como excesos intolerables de las demandas de las minorías, les iban a proporcionar una voz con resonancias sin complejos.

Por ejemplo, ese bando natural se vio enriquecido por la transfiguración de las llamadas “madres del fútbol” en “madres de la seguridad”. Las que simultaneaban los trabajos con las actividades extraescolares de sus hijos ahora se preocupaban por su futuro amenazado por una repetición de la tragedia de las Torres Gemelas. Aunque una mayoría relativa de mujeres votó a Kerry, la preocupación por la seguridad, más psicológica que física, pesó lo suyo. En el corazón del país, ese votante poco ilustrado, aunque no analfabeto ni ignorante, no leía el New York Times y todos los grandes rotativos que explícitamente, y en un volumen sin precedentes, apoyaban a Kerry. Sin conocer apenas las portadas de los libros que tenazmente revelaban las mentiras de la Casa Blanca, esa América profunda se sentía prendada por los valores defendidos por Bush.

La cesta variopinta de las propuestas demócratas chocaba con el credo que decidiría trazar una raya en la arena: aborto, matrimonio homosexual, inmigración incontrolada, abusivos programas sociales, trabas a los negocios. Como argumento incontestable, muchos asentían ser impelidos por las mismas instrucciones divinas que aconsejaron a Bush dejar la bebida. Al final, parecía resonar en los oídos de los atónitos demócratas, la ironía con que hace catorce años las huestes de Clinton le recordaban al padre de W.: “es la ideología, estúpido.”

¿Qué aplicación tiene esto a la relación con Europa y América Latina? Poca, para los que se opusieron a Bush, y exagerada por los que lo apoyaron. Después de la tradicional tanda europea de telegramas de felicitación al Presidente George W. Bush por su reelección, las opciones de los que desconfían de a ambos lados del Atlántico se reducen a dos: actuar arriesgadamente o esperar que la otra parte lo haga. Desde Europa, para la expresión de Aznar, cuando retó a Castro a la reforma, la actitud más cómoda es que ahora le toca a la nueva administración de Bush mover ficha. Después de todo, fueron las acciones unilaterales en Irak las que provocaron la división en el seno de la UE, y el divorcio transatlántico.

Aunque las buenas palabras, y no pocas recomendaciones de los analistas y algunos líderes, aconsejan que Europa se debe anticipar, de momento se prevé la prudencia presidirá el ambiente. A pesar de los reclamos de América Latina y las amables declaraciones de rutina en Washington, la inercia se enseñoreará de las relaciones interamericanas.

En cualquier caso, por activa o por pasiva, como bien dicen en el vecindario de la Casa Blanca y en los alledaños del rancho de Crawford, Texas, en la relación transatlántica

se necesitan dos para bailar un tango. En realidad, para sorpresa de los que se contentan con la simplicidad, todo es más complicado de lo que parece, debido a los contrastes entre las diversas acepciones de lo que es la Unión Europea, y la latente explosividad de diversas regiones de Latinoamérica.

3. Impacto en Europa y América Latina

En primer lugar, en lo que atañe a Europa, Bush II deberá decidir si reconoce explícitamente la existencia de una entidad de 25 miembros. En su visita del 21-22 de febrero a Bruselas, tuvo una oportunidad dorada, preparada por la anterior de Condoleezza Rice. La UE está en plena transformación. Es menos que una federación y mucho más que un estado. Pero no es, como hiciera pensar la actitud de Bush I una ONG elevada a la categoría de ONU de restringido escenario. Desde el 11 de Setiembre, si no antes, la UE no aparece en el radar de los discursos de Bush. No existe como protagonista mundial. Es más, Bush y sus asesores se propusieron su “desagregación”, eufemismo moderno del histórico “divide y vencerás”, que tan buenos réditos han dado a numerosos dirigentes desde los césares.

Temeroso de los entramados multilaterales, Bush I prefirió entablar alianzas voluntarias, puntuales e individuales que verse inmiscuido en una telaraña de negociaciones. Agotado el triángulo formado por Varsovia, Londres y Roma (tras el cambio de guardia en Madrid), abandonando su apuesta por la “nueva Europa” de triste memoria, en pleno desastre de la ocupación militar de Irak, ahora con sus capacidades económicas y logísticas al límite, Bush II no debería tener más remedio que solicitar la ayuda europea. Pero las primeras declaraciones no pasaron de la ambigüedad.

Ahora bien, igual como hubiera sucedido con Kerry (a pesar de las vanas esperanzas sembradas en Europa), la controversia sobre Irak no es aislada, ya que el desacuerdo profundo entre los Estados Unidos y Europa incluye temas tan espinosos como Kyoto, el Tribunal Internacional, los subsidios a la industria, la manipulación de alimentos, y naturalmente el desarrollo de una política común de seguridad y defensa en Europa, autónoma de la OTAN, un tema que es la bestia negra de los estrategas de Washington.

Sin embargo, por parte de la UE, se deberá definir la carencia de un liderazgo claro, algo extremadamente difícil cuando cada uno de los gobiernos más significativos está mirando más hacia el contexto interior que hacia Bruselas. Es más: hasta que la nueva y corregida Comisión Europea (luego del fiasco del nombramiento de Buttiglione) no se asiente, y a mediano término no se vislumbre un claro núcleo que tire del pelotón europeo, Bush II se recubrirá de la máscara de Kissinger. Preguntará cuál es el teléfono de Europa. Sin que la nueva Constitución europea sea ratificada, en un largo e incierto proceso que comenzará con un tirón de España y probablemente Francia, el doble papel de Solana (como Ministro de Asuntos Exteriores y Vicepresidente de la Comisión) seguirá siendo un proyecto.

En cualquier caso, si quiere que los urgentes temas espinosos vean algún progreso y beneficio, Washington deberá entonces reconocer en Europa una verdadera contraparte. Esto quiere decir que los europeos deberán convencer a la Casa Blanca de que no desean ser un contrapeso. No va a ser fácil, ya que el discurso de Chirac es convenientemente traducido por Blair, que ya batió su propia marca (tras el 11 de Setiembre) al ser el primer mandatario en presentarse en la Casa Blanca. Las admoniciones de Aznar en su medio favorito, el Wall Street Journal, aunque testimoniales, y en sus apariciones en Georgetown, no dejan de causar confusión y refuerzan la división en las huestes europeas.

Escenarios posibles para la cooperación entre la UE y los Estados Unidos no faltan. En los Balcanes, la responsabilidad primordial pasaría a manos de Europa. En Afganistán debiera consolidarse la contribución del Eurocuerpo. En Irán la única fórmula factible es combinar la estrategia norteamericana con la europea. En el explosivo Medio Oriente, tras la desaparición de Arafat, no hay más salida que conservar lo básico de mapa de ruta. Quedaría, naturalmente Irak, tras los meses duros que llevaron a las elecciones inciertas e incompletas, sin que se sepa la viabilidad de un gobierno elegido que cuente con el consenso general. En cualquier caso, esa necesaria nueva relación requerirá un mutuo respeto. Nobleza obliga, pero por ambas partes.

Con la atención centrada en el Oriente Medio, de reojo mirando hacia Irán y más lejos a Corea del Norte y China (que apostó por Kerry, y la que no se sabe cómo se le perdonará), la región que tiene todos los números para pagar los platos rotos (por acción o inacción) es América Latina, con la excepción de los contados países que se consideran incondicionales fieles de Bush. Aunque la inercia presidirá la escena, solamente los que están en la lista negra puede percibir cambios.

Recuérdese que el mandato recibido por Bush es fundamentalmente ideológico, pero en clave estrictamente local. Además de la defensa de los “valores” de claro perfil conservador, gran parte de los votos que le han dado al presidente su mayoría popular proceden de unos sectores que se oponen a la inmigración incontrolada, la pérdida de puestos de trabajo derivada del libre comercio, la incomodidad hacia el otro (sobretudo el hispano) y, naturalmente, a la erosión de la sociedad causada por el consumo de drogas ilícitas, procedentes precisamente del sur.

De ahí que solamente los temas de seguridad puedan acaparar la atención de la administración Bush II en el continente. El resultado será que los escenarios que se perciben como más alejados pueden quedar a la merced del tradicional “desdén benigno”. De ahí que la alarma por el ascenso de los dirigentes de izquierda y neopopulismo en el Cono Sur, con la excepción de la moderación de Chile, paradójicamente dirigido por un socialdemócrata, no sirva para generar nerviosismo perceptible en Washington.

Por un lado, se seguirá observando con curiosidad (y, si es conveniente, ejercer una conveniente “contención”) la evolución del neoindigenismo en los países andinos, mientras

la atención se seguirá concentrando en Venezuela y Colombia, por dos razones distintas. Por un lado, la desestabilización del bolivarismo de Chávez no parece convenir a Wall Street; por otro, hay que seguir apuntalando a Uribe en Colombia.

Aunque puede resultar una exageración simplista, Washington observará con distancia, seguro de su superioridad, la América del Sur del Atlántico (Argentina, Uruguay, Brasil, Venezuela), apoyada en nueva dirigencia escorada hacia la izquierda. Mientras, apostará selectivamente por sus aliados en la ladera del Pacífico.

Con el Caribe y Centroamérica, se dejará que las élites políticas y económicas decidan con quién se juegan su futuro. Pero no cuentan con muchas opciones. De no recibir los favores incondicionales de una Europa en transición, y siempre celosa de defender sus intereses agrícolas, al gran arco que va de Trinidad a El Salvador no le queda más remedio que apostar por acuerdos parciales con Estados Unidos o dejarse mecer a la deriva del ALCA.

Mientras el sur no decida profundizar su propio proceso de integración, Washington (bajo las presiones interiores en contra y a favor del libre comercio) seguirá la senda del ALCA selectiva, exigiendo concesiones en los sectores que le interesan. Aunque el movimiento estratégico para unir el MERCOSUR con la Comunidad Andina y establecer una unión aduanera común por lo menos muestra un anhelo político, expresado en el proyecto de la Unión Sudamericana, las dificultades internas de las dos partes serán una losa difícil de levantar.

México, con Fox en la cuerda floja, puede ver cada vez más alejada la utopía de la legalización de los inmigrantes indocumentados en Estados Unidos. Como durante los 60 años del PRI, puede verse reducido a ser garantía de la seguridad fronteriza. La incógnita, paradójicamente, será la presión de los votos prestados que le haya dado un sector mexicoamericano a Bush para ganar las elecciones, un triunfo apuntalado por el grueso conservador que desprecia a los hispanos.

Y, ¿Cuba? Curiosamente, y a pesar de la aparente tensión, seguirá simplemente bajo el acoso verbal y concreto (remesas, viajes), pero sin extralimitarse. La ‘caída’ de Castro y su convalecencia, paradójicamente, aconsejaron mantener una actitud prudente, ya que una impredecible evolución interna con posibles enfrentamientos no es el mejor de los escenarios para unas fuerzas militares al borde de su capacidad, a un metro de tener que acudir al reclutamiento obligatorio para garantizar un mínimo de éxito en Irak. Con un escenario mundial complicadísimo, los marines saben que no se les permitiría permanecer impasibles, mirando desde Cayo Hueso a una Cuba en conmoción. Como sucedía a finales del XIX, antes del Maine, Bush, a pesar de las lógicas presiones del núcleo duro del exilio, puede optar por esperar a que simplemente caiga la fruta madura.

VI. CONCLUSIÓN

Puede sonar a tópico, pero el momento que el mundo (Europa y América Latina, especialmente) enfrenta es especialmente delicado, al tratar con unos Estados Unidos aparentemente listos a confirmar el camino de la inercia intervencionista y unilateralista. Aunque también se dice de todas las épocas, la presente coyuntura está presidida por un alarmante vacío de liderazgo claro en las tres regiones, incluidos los propios Estados Unidos. La consolidación del mandato concedido a Bush no borra la evidencia de que los actuales responsables y asesores del presidente no están a la altura, estratégicamente y de visión global, de los que diseñaron y ejecutaron la política de los Estados Unidos en la Guerra Fría, comenzando por George Kennan y terminando por Henry Kissinger.

A pesar de estas carencias, la ventaja que Europa tiene sobre América Latina y la mayor parte del resto del planeta (con la excepción de Japón y Australia) es que cuenta con la reserva de recursos económicos para contribuir a la pacificación y el desarrollo moderados de algunas zonas conflictivas en las que los Estados Unidos están implicados. De cómo la UE y sus socios más destacados usen esa capacidad depende de que la aparente inicial ventaja que posee Bush quede por lo menos reconducida para beneficio de ambas partes.

Teniendo en cuenta la máxima tradicional de que los estados no tienen amigos, sino solamente intereses, el resultado de las elecciones puede convencer a los reacios o ambivalentes en la Unión Europea de la conveniencia, cuando no la necesidad, de plasmar una definida política exterior y de seguridad común. También la coyuntura actual puede ayudar a que los votantes oscilantes decidan apostar por darle el respaldo a la Constitución europea, marco que codificaría el entramado de seguridad y defensa que ahora existe con hilvanos. Esta misma lógica debiera imponerse, pero con inferiores expectativas, en el contexto latinoamericano. Aunque resulta muy difícil acercar posiciones políticas muy alejadas, por lo menos la senda de la coherencia en cuanto a la integración económica y comercial puede ser la única carta a jugar. De fracasar la cohesión europea y seguir a la deriva la latinoamericana, solamente se habrá logrado que una invitación abierta a que el mandato interior recibido por Bush se convierta en global.

VII. BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, Mariano, y Phyllis Bennis. La ideología neoimperial: la crisis de EEUU con Irak. Barcelona: Icaria, 2003.

Albright, Madeleine, et. al. "Joint Declaration: Renewing the Transatlantic Partnership," Center for Strategic and International Studies, May 14, 2003.

Alonso Zaldívar, Carlos, y Darío Valcárcel. Una conversación sobre Irak. Madrid: Biblioteca Nueva, 2003.

- Arístegui, Gustavo de. "Frágiles equilibrios". Política Exterior, 93, mayo-junio 2003, pp. 95-104.
- Astier, H. « La maladie française ». When trouble comes, first blame the Americans", The Times Literary Supplement, January 10, 2003.
- Bacevich, Andrew J. American Empire: the Realities and Consequences of U.S. Diplomacy. Cambridge: Harvard University Press, 2002.
- Bergen, Peter L. "Picking up the Pieces: What We Can Learn From –and About—9/11," Foreign Affairs, Vol. 81, No. 2, March-April 2002, pp. 169-175.
- Boot, Max. The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power. New York: Basic Books, 2002.
- Borger, Julian."The Unreported Cost of War: At Least 827 American Wounded"
The Guardian, August 4, 2003.
- Burghardt, Günther. "A Transatlantic Agenda for 2010". Transatlantic Internationale Politik, 2/2000, pp. 31-34.
- Bush, George W. Speech at graduation ceremonies at West Point 1 June 2002.
<http://www.whitehouse.gov/news/releases/2002/06/20020601-3.html>
- Cameron, Fraser. "Utilitarian Multilateralism: The Implications of 11 September 2001 for US Foreign Policy," Politics 22, 2 (2002) 68-75.
- Campbell, Kurt M., and Michèle A Flournoy. (eds.) To Prevail: An American Strategy for the Campaign Against Terrorism. Washington: Center for Strategic and International Studies, 2001.
- Campo, Salustiano del./ J. Camacho "La opinión pública española y la política exterior. Informe "INCIPE 2003, INCIPE/ Real Instituto Elcano, Madrid.
- Carter, Jimmy. "Just War- or a Just War", New York Times, 9 de marzo de 2003.
- Castells, Manuel, y Narcís Serra (eds.) Guerra y paz en el siglo XXI: una perspectiva europea. Barcelona: Tusquets, 2003.
- Chalmers, Malcolm, "The Atlantic burden-sharing debate –widening or fragmenting?" International Affairs, 77, 3 (2001), pp., 569-585.
- Clinton, Bill. White House, "A National Security Strategy for a New Century", December 1999.
- Daalder, Ivo. "Are the United States and Europe heading for divorce?" International Affairs, 77, 3 (2001), pp. 553-567.
- Del Arenal, Celestino. "EE.UU y la política latinoamericana de España," Política Exterior, 93, mayo-junio 2003, pp. 183-193.
- Der Spiegel. 11 de setiembre: historia de un ataque terrorista. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2002.

- Deutch, John. "A Nuclear Posture for Today," Foreign Affairs, January-February, 2005, pp. 49-60.
- Dobbins, James. "Iraq: Winning the Unwinnable War," Foreign Affairs, January-February, 2005, pp. 16-25.
- Drozdiak, William. "The North Atlantic Drift," Foreign Affairs, January-February, 2005, pp. 88-98.
- Dunn, David Hastings. "Myths, Motivations and 'Misundertandings': The Bush Administration and Iraq," International Affairs 79, 2 (2003) 279-297.
- Eland, Ivan. "The Empire Strikes Out. The 'New Imperialism' and Its Fatal Flaws," Policy Analysis 459 (November 26, 2002)
- Elordi, Carlos. El amigo americano. Madrid: Temas de Hoy, 2003.
- Flores, Mario César. "Política de defensa republicana," Política Externa, 11, 2, Set-Nov 2002, pp. 37-49.
- Garten, Jeffrey E. "Iraq: The Logic of Disengagement," Foreign Affairs, January-February, 2005, pp. 37-48.
- González Manrique, L. Esteban. "La conquista del mundo del siglo XXI". Política Exterior, 91, enero-febrero 2003, pp. 167-173.
- Halper, Stefan, and Jonathan Clark. America Alone. The Neo-Conservatives and the Global Order. Cambridge: Cambridge University Press, 2004.
- Hendrickson, David C. "Toward Universal Empire. The Dangerous Quest for Absolute Security," World Policy Journal 19, 3 (Fall, 2002) 1-10.
- Hoffman, Stanley. "La evolución de Estados Unidos." Política Exterior, 94, Julio-agosto 2003, pp. 70-84.
- Hoffman, Stanley. "Pensées on U.S. Power." Foreign Policy, November-December 2001, pp. 80-81.
- Hoge, James F., and Gideon Rose (eds.). Terrorism and the New War. New York: Public Affairs, 2001.
- Holbroke, Richard. "In the Beginning: a Fresh Look at the Early Years of American Empire," Foreign Affairs, 82, 6 (November-December 2002), pp. 148-152.
- Hollander, Paul. Anti-americanism. Critiques at Home and Abroad. NY: Oxford, 1992.
- Cohen-Tanugi, Laurent, trad by Holoch Jr., George A. An Alliance at Risk: The United States and Europe since September 11. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2003.
- Ikenberry, John G., ed. America Unrivaled. The Future of Balance of Power. Ithaca and London: Cornell University Press, 2002.
- Isbell, Paul 'El fin del antiamericanismo', Leviatán, 75, 1999.
- Isbell, Paul "Excepcionalidad española y excepcionalismo estadounidense: raíces de desencuentros y encuentros", en Carmen Flys/ J. Cruz (Eds.): El nuevo horizonte España/ Estados Unidos, Alcalá: Instituto Universitario de Estudios Norteamericanos, 2001.

- Kagan, Donald. Sobre las causas de la guerra y la preservación de la paz. Madrid: Turner/FCE, 2003.
- Kagan, Robert. "A Matter of Record. Security, Not Law, Established American Legitimacy," Foreign Affairs, January-February 2005, pp. 170-173.
- Kagan, Robert. Paradise and Power: America and Europe in the New World Order. New York: Knopf, 2003.
- Kaldor, Mary. "American Power: From 'Compellence' to Cosmopolitanism?" International Affairs 79, I (2003) 1-22.
- Kennan, George. "The Sources of Soviet Conduct", Foreign Affairs. July 1947.
- Kennedy, Craig, and Marshall M. Bouton, "The Real Trans-Atlantic Gap," Foreign Policy, November-December 2002, pp. 66-74.
- Kirkpatrick, Jeane. "Dictatorships and Double Standards", Commentary. 1979.
- Kirkpatrick, Jeane. Dictatorships and Double Standards: Rationalism and Reason in Politics. NY: Simon and Schuster, 1982.
- Kissinger, Henry. Does America Need a Foreign Policy? NY: Touchstone, 2002.
- Kupchan, Charles. The End of the American Era: US Foreign Policy and the Geopolitics of the Twenty-first Century. New York: Knopf, 2002.
- La Vanguardia. Estados Unidos. Dossier. No. 7, Julio/septiembre 2003.
- Lambert, Richard. "Misunderstanding each other". Foreign Affairs, 82, no. 2, March-April 2001, pp. 62-74.
- Lamo de Espinosa, Emilio. "Ciudadanos de Estados Unidos", Política Exterior, septiembre. 2002.
- Gaddis, John Lewis, "Grand Strategy in the Second Term," Foreign Affairs, January-February, 2005, pp. 2-15.
- Lewis Gaddis, John. Surprise, Security, and American Experience. Cambridge: Harvard University Press, 2004.
- Lipset, Seymour Martin. American exceptionalism –a double-edge sword. NY: Norton, 1996.
- Luttwak, Edward N. "Iraq: The Logic of Disengagement," Foreign Affairs, January-February, 2005, pp. 26-36.
- Malone, David M., and Yuen Foong Khong, eds.. Unilateralism and U.S. Foreign Policy: International perspectives. Boulder and London: Lynne Rienner, 2003.
- Mandelbaum, Michael. The Ideas that Conquered the World. NY: Public Affairs, 2002.
- Marín, Manuel. "España y la crisis de Irak". Política Exterior, No. 93, mayo-junio 2003, pp. 105-117.
- Markovits, A. On Antiamericanism in West Germany, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1985.

- Martín Muñoz, Gema. Iraq: un fracaso de Occidente (1920-2003) Barcelona: Tusquets, 2003.
- Martins, Luciano. “A (des)orden mundial, o fenomeno dos terrorismos e as instituicoes democráticas”, Política Externa, Vol. II, No. Set-Nov. 2002, pp. 50-70.
- Mead, Walter Russell. Special Providence: American Foreign Policy and How it Changed the World. NY: Twentieth Century Fund, 2001.
- Mead, Walter Russell. “The Jacksonian Tradition” The National Interest, Winter 1999/2000, pp. 1-25.
- Mead, Walter Russell. “Why do they hate us? Two books take aim at French Anti-Americanism.” Foreign Affairs, 82, 2, March-April 2003, pp. 139-142.
- Mead, Walter Russell. Power, Terror, Peace, and War, New York: Knopf, 2004.
- Mearsheimer, John J., and Stephen Walt. “An Unnecessary War,” Foreign Policy 134 (January-February 2003).
- Medina, Guillermo. “Irak, la punta del iceberg,” Política Exterior, 93, mayo-junio 2003, pp. 137-152.
- Mélandri, Pierre, and Justin Vaïsse. L’Empire du milieu: les Etats-Unis et le monde depuis la fin de la guerre froide. Paris: Editions Odile Jacob, 2001.
- Micklethwait, John, and Adrian Wooldridge. The Right Nation: Conservative Power in America. New York: Penguin Press, 2004.
- Moïsi, Dominique. “The Real Crisis Over the Atlantic,” Foreign Affairs, Vol. 80, No. 4, July-August 2001, pp. 149-153.
- Moravcsik, Andrew. “Striking a new Transatlantic Bargain,” Foreign Affairs, Vol. 82, no. 4, July/August 2003, pp. 7489.
- Moss, Ambler. “Las nuevas perspectivas estratégicas de los Estados Unidos en la Administración Bush.” Ponencia presentada en la inauguración del año académico de la Universidad Central de Chile, Santiago, 2 abril 2003.
- Moss, Ambler. “Stumped by Bush brand of foreign policy”, The Miami Herald, January 16, 2005.
- Muns, Alexandre. USA: ¿Quo Vadis? Barcelona: Granica, 2003.
- Naim, Moisés. “The Perils of Lite Anti-Americanism”. Foreign Policy, May-June 2003, pp. 94-95.
- National Commission on Terrorist Attacks upon the United States. The 9/11 Commission Report. NY: Norton, 2004.
- Nau, Henry. At Home Abroad: Identity and Power in American Foreign Policy. Ithaca: Cornell University Press, 2002.
- Noya, Javier. ¿Antiamericanismo, antihegemonismo o antiunilateralismo? Real Instituto Elcano. 16 julio 2003. <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/318.asp>

- Noya, Javier. La imagen de Estados Unidos en España. Resultados del Barómetro del Real Instituto Elcano. 21 julio 2003. <http://www.realinstitutoelcano.org/documentos/59.asp>
- Nussbaum, Bruce. "The High Price of Bad Diplomacy" Business Week, 24 de marzo de 2003.
- Nye, Joseph S., Jr. The Paradox of American Power. NY: Oxford, 2002.
- Nye, Joseph S., Jr., "U.S. Power and Strategy after Iraq," Foreign Affairs, July-August 2003, vol. 82, no. 4, pp. 60-73.
- Odom, William E., and Robert Dujarric. America's Inadvertent Empire. New Haven: Yale University Press, 2004.
- Ojeda, Jaime. "Gulliver en Liliput". Política Exterior, 93, mayo-junio 2003, pp. 119-136.
- Pardo de Santayana, José. "Una guerra para cambiar el mundo". Política Exterior, 93, mayo-junio 2003, pp. 7-20.
- Patrick, Stewart, and Shepard Forman, eds. Multilateralism and U.S. Foreign Policy. Ambivalent Engagement. Boulder/ London: Lynne Rienner, 2002.
- Pérez Piñar, José Antonio. Bienvenido al siglo XXI. Madrid: FOCA, 2002.
- Prestowitz, Clyde. Rogue Nation: American Unilateralism and the Failure of Good Intentions. New York: Basic Books, 2003.
- Reinares, Fernando. Terrorismo global. Madrid: Taurus, 2003.
- Remiro Bretons, Antonio. "Las tentación de la agresión". Política Exterior, 92, marzo-abril 2003, pp. 19-22.
- Revel, Jean François. L'obsession anti-américaine. Paris: Plon, 2002; La obsesión antiamericana. Barcelona: Urano, 2003.
- Rhodes, Edward. "The Imperial Logic of Bush's Liberal Agenda," Survival, vol. 45 No. 1, Spring 2003.
- Rice, Condoleezza. "Promoting the National Interest," Foreign Affairs, Vol. 79 No. 1, January/February 2000
- Rodríguez, Alvaro. "Estados Unidos: 'la ciudad en la cima'" Política Exterior, 92, marzo-abril 2003, pp. 85-98.
- Roger, Philippe. L'ennemi américain: Généalogie de l'antiaméricanisme français. Paris: Seuil, 2002.
- Rojas Marcos, Luis. Más allá del 11 de Septiembre: la superación del trauma. Madrid: Espasa Hoy, 2002.
- Roy, Joaquín. "Las elecciones de Estados Unidos, bajo el anhelo y la observación exterior". Análisis del Real Instituto Elcano. No. 166, 2 noviembre 2004. <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/606.asp>
- Roy, Joaquín. "Rift remains, but Bush trip may improve alliance", The Miami Herald, Feb. 21, 2005.

- Rubin, Barry. "The Real Roots of Arab Anti-Americanism". Foreign Affairs, 82, No. 6, November-December 2002, pp. 73-85.
- Sardar, Z./ M. Davies. ¿Por qué la gente odia Estados Unidos?, Barcelona: Gedisa, 2003.
- Segura, Antoni. Irak en la encrucijada. Barcelona: RBA, 2003.
- Sick, Gary. "Imperial Moment" The World Today, Royal Inst. of Int'l. Affairs, December 2002, pp. 5-6.
- Slocombe Walter B., "Force, Pre-emption and Legitimacy," Survival, vol. 45. no. 1, 2003, pp. 118-130.
- Taibo, Carlos. Estados Unidos contra Iraq: la guerra petrolera de Bush en 50 claves. La Esfera de los Libros, 2003.
- Talbott, Strobe, and Nayan Chanda (eds.), "The Age of Terror: America and the World After September 11". New York: Basic Books, 2001.
- The Economist. "Anti-Americanism. On the Rise", The Economist, Jan. 4, 2003.
- Tortosa, José María. La agenda hegemónica. Barcelona: Icaria, 2003.
- Urbano, Pilar. Jefe Atta: el secreto de la Casa Blanca. Barcelona: Plaza y Janés, 2003.
- Van Ham, Peter. "Mejorar la imagen de EE.UU. tras el 11-S: el papel de la diplomacia pública," Real Instituto Elcano. Análisis. 4 junio 2003. www.ralinstutoelcano.org/analisis/imprimir/303imp.asp
- Vidal, Gore. Dreaming War. Blood for Oil and the Cheney-Bush Junta. New York: Thunder's Mouth Press/Nation Books, 2002.
- Voigt, Karsten. "The Labor Pains of New Atlanticism," Transatlantic Internationale Politik, 2/2000, pp. 3-10.
- Wedgwood, Ruth. "Legal authority exists for a strike on Iraq," Financial Times, March 14, 2003.
- Woodward, Bob. Bush at War. NY: Simon and Schuster, 2002.